Ajuste de cuentos

Ignacio Betancourt

El día siguiente
OCEANO

EDITOR: Rogelio Carvajal Dávila

AJUSTE DE CUENTOS

© 1995, Ignacio Betancourt

D. R. © EDITORIAL OCEANO DE MEXICO, S.A. de C.V.
Eugenio Sue 59, Colonia Chapultepec Polanco
Miguel Hidalgo, Código Postal 11560, México, D.F.

PRIMERA EDICIÓN

ISBN 968-6321-18-7

IMPRESO EN MÉXICO/ PRINTED IN MEXICO

Para doña Angelina Robles

El día siguiente

Ajuste de cuentos

Ignacio Betancourt

OCEANO

Índice

uno

La memorable gran carrera o la tragedia del estadio nacional, 17
El augurio, 31
De cómo Guadalupe bajó a La Montaña y todo lo demás, 37
El rapto, 61

dos

Carta del soldado Rodrigo Morales al muy estimado señor don Roque de Guzmán en la que se da relación de una representación teatral y otras cosas que tienen que ver con la misma, 71
Los ingratos problemas de la santidad, 77
El muy mentado curso, 83
Hombres de poca fe, 91

tres

Estoy bien sólo tengo una cruda, 99

Un extraño caso de alergia, 107
Manuel Arista, primer bonzo mexicano de la poesía, 119
Función de media noche, 127
El amor de la carretera 57, 137
La sirena, 141
La piedra, 147

reficciones

Razones que demuestran fehacientemente por qué la palabra introducción es una palabra de las de acá, 153
Sobre el pedo. Vicisitudes e implicaciones, 157
Una propuesta alternativa: cadena ambulante de tacos de perro y apoyo a la peletería, 165

uno

Dióme tanta risa, que me
despertaron las carcajadas y fue
mucho quedar de tan triste sueño
más alegre que espantado.

Francisco de Quevedo

La memorable gran carrera o la tragedia del Estadio Nacional

Ya despojados de sus atuendos, los tres competidores falsamente en calma, en cueros, llenos de silencio y harto ansiosos, tratando inútilmente de calmar los palpitares, con discreción profunda saludan al llamado *monstruo de los mil ojos*, que se desgaja en aclamaciones al descubrirlos dispuestos a la contienda. En el trío de peculiares atletas, los atributos de hombre lucen asustados; era tanta luz de sol y tanta mirada, que la rota costumbre del genital encuevamiento realmente dolía.

Con una ligera bata de boxeador ella se ve radiante, loada por la claridad del día la dama en cuestión se presiente excitada, ligeramente conmovida hace como que observa la brillantez de la pulida pista olímpica, pero más bien duda del éxito frente a la ansiedad abundante de ruidos en la multitud.

Los altavoces y su sombra piden a los competidores ocupar sus puestos. Cuando la mujer se desnuda y es mirada tan sólo con el abrigo de su propia piel, sobre el lugar de los

hechos se deja caer una exclamación admirabilidosa, la belleza que de tanta le escurre por la silueta la vuelve un verdadero encantamiento, el vehemente trío de aspirantes casi estalla de tanto anhelar, a fuerza de desear su membresía crece, son tres garrochas dispuestas a saltar, arietes insólitos ante las murallas de la vida. El conjunto de ganas aúlla sin voz a la mitad del día.

Realmente como un pulpo la visión se llena de tentáculos y con el puro ojo puédese palpar el cuerpo pleno de la muchacha, materializada en los espectadores por la alquímica virtud de la lujuria.

En las tribunas danse múltiples casos de entusiasmados espectadores que en encanto atroz por la hija de Mister Salinas, optan por vivas manipulaciones, en fin, solamente la euforia que lo visto les causaba. Mas nunca les hubiera dado por hacerlo, confundidos muy bien entre la muchedumbre, cientos de agentes secretos, invisibles guardianes del orden equipados con macanas eléctricas y gas paralizante, violentamente arremetieron contra los abundantes indisciplinados, mismos que luego de la descarga eléctrica eran sometidos a la quietud por efecto de los atomizadores. Posteriormente los rígidos infractores son sacados del estadio y en montón puestos sobre camiones traidos ex-profeso. Su salida es un desfile inusitado, procesión de inmóviles festejantes, pena llegaban a causar en quienes les vieron cerca, y no faltaron mujeres piadosas que con presteza cubríanles las vergüenzas empleando para tal

menester rebozos, cachuchas y hasta vasos de papel; por parte de la concurrencia tales gestos eran celebrados con una rechifla general.

A Pedro que dormía en el suelo una cucaracha le orinó los ojos, esa mañana despertó el niño con las pupilas inundadas de podredumbre. Mamá, al Pedrillo le están saliendo mocos de los ojos. Ya para el mediodía la infección le ha chupado las retinas, con la noche se le clausuró a perpetuidad la entrada de la luz. Pedro participa en la carrera reivindicando a la invidencia.

Ya no más la tradición inmovilizante en el espectáculo deportivo, es la audacia el principal atributo del empresario moderno. "Audacia, más audacia, siempre audacia, gritó un día Dantón", no dejaba de repetírselo en voz baja Mister Salinas, como para mejor convencerse de lo que iba a hacer, además, decía a su secretaria en tono amenazador, debe quedar claro que el negocio será limpio, que todos arriesgamos algo, que yo no soy ningún tramposo, que los miles de aspirantes a participar en la gran carrera fueron sorteados, ha sido la suerte quien los escogió, el triunfo o la derrota sólo va a depender del talento deportivo.

A Paco le cortó las piernas un autobús de la línea Sarabia-Saucito, fue uno de esos viejos trastos que él utilizaba para llegar al empleo, despachador en una tienda de abarrotes, La Benemérita se llamaba, y la ocasión infausta culpa fue de su deseo de puntualidad;

medio sueldo por cada retraso. El camión venía reventándose de gente, por eso tuvo que caerse Paco, sonó horrible el quejido de los huesos triturándose, fue de pura chiripa que mantuvo la vida. Aun con las piernas incompletas iba a demostrarle al mundo que podía triunfar, por eso entró a la gran carrera.

El esperado día llegaba, la población repletó el estadio, los que no pudieron disfrutar en vivo, presurosos volvían a sus casas para mirar por televisión. CUALQUIERA PUEDE SER MI YERNO/AHORA O NUNCA/ PARA EL QUE SE DECIDE LA PUERTA DEL FUTURO NO TIENE CERRADURA. Y miles de carteles con la señorita Salinas sonriente, o pensativa, o con los labios entreabiertos, o arropada en transparentes muselinas, o haciendo un guiño.

Era verdad que en la convocatoria del gran evento pegada por todas las esquinas de la ciudad, claramente quedó estipulado el asunto de la selección de los tres participantes mediante sorteo, mas como sólo Mister Salinas manejó los resultados, nadie pudo verificar la fidelidad a los azarosos designios. En posteriores declaraciones a la prensa especializada, el padre de la chica en disputa dejó insinuar que para la elección en algo había influido su irreprimible bonhomía, una oscura solidaridad hacia los más desposeídos.

De recién nacido, Juan mucho se enfermaba del estómago. Es porque se chupa los dedos mugrosos, sentenció el doctor. Al paso

de semanas con recurrentes diarreas por parte del infante, el enfado de la madre se acrecentaba y tanto fue su enojo que optó por una decisiva solución: en larga temporada amarrar los brazos a los costados del cuerpecito. Fue tan eficaz dicho remedio que el niño no volvió a chuparse el dedo, sin embargo ocurrió que al transcurrir los años a Juan crecióle todo menos los brazos; tan bien le fueron anudados que se le quedaron encogidos, siempre sin compostura cerca de las axilas. Harto de pintar tarjetas navideñas con los pies, decidió participar en la carrera.

Compre usted su foto de la señorita, ándele, cómpremela ahora porque al rato ya no va a ser señorita.

Los tres hombres, sudorosos, tanto que más pareciera que la contienda ha concluido, acechan a un metro de distancia el codiciado y lozano trofeo, cien centímetros de ventaja, así fue convenido, mera gentileza para con la doncella.

Suspendido entre el principio y el fin de una respiración aguarda el desnudo trío, puro vibrar, la tensión es el tono en que silva una flecha buscando la luna.

Paco el cojo, incompleto de las tibias hasta el piso luce heroico sus pedazos de pierna agitados al viento anaranjado de esa hora, mientras apoya las manos como tranquilas garras en la parte media de las muletas. Hinchado de pupilas por tanto acariciar con la

visión las armoniosas pantorrillas de la hija de Mister Salinas, sin pies constata que a mil milímetros de su deseo se encuentra el paraíso terrenal.

Juan el manco en su ansiedad logra alardes de equilibrio, pródigos esfuerzos para mantener la compostura. Los pequeños apéndices brotando de sus hombros como germinaciones de embrujadas semillas, son con gran precisión "Lo que pudo haber sido y no fue", retoños de carne destinados a lo diminuto. Juan se coloca en *sus marcas* como puede y clava la mirada, la entierra, la incrusta definitivamente por el rumbo del trasero hermoso de la joven. En el espejo convexo de sus ojos se refleja esa parte en que los vellos son un bosque inverosímil, y ocultando presagian sorpresas interiores difícilmente predecibles pero siempre gratas; alabada humedad de ese recinto por donde nacen y mueren los hombres; panal siempre secreto y siempre abierto; ventana al cielo que en la postura de inicio de carrera en que luce la señorita Salinas, ofrécese a los contendientes como flor de pólenes rosados y oscurecidos pétalos.

Pedro el ciego en la ortodoxa posición del corredor que espera la salida, condenado a imaginar en esos colores de la mirada invidente las vastas tonalidades del cuerpo femenino, aguza el olfato y percibe con sorprendente claridad el perfume que exhalan los poros del manjar asediado. Dicen por ahí que los ojos del

alma miran la belleza pura, al menos no son capaces del desengaño.

La señorita Salinas muy dispuesta, en la correcta figura de pierna doblada y manos al frente con el pulgar y el índice extendidos, siente como lumbre la acechanza tenaz en sus espaldas, se arrepiente del trance pero se aguanta, las ganancias bien valen la pena. Papá es un genio para los negocios, debo tener confianza, diez mil pesos el boleto y estadio lleno, derechos televisivos; Dios proveerá.

Y hubo que marcar tres veces el comienzo, la algarabía no dejaba oir el disparo que iniciaba la contienda. En una ocasión el ímpetu del ciego lo aventó como resorte sobre la doncella, sólo gracias a la vertiginosa intervención de un fornido guardián púdose evitar que el espectáculo se malograra, poderosa patada en el pecho le puso a Pedro las ansias en orden. Qué abundancia de gritos se dejó caer desde las graderías.

Cuando al fin da principio el evento, con ritmo y gallardía, de manera ejemplar los tres competidores corrieron al parejo, hombro con hombro, como un solo hombro, hombrón, hombrazo inútil por ahora; van conservando la distancia tras la infanta que por más velocidad que imprime a su esbeltez no logra despegarse del asedio. Ay santísima virgen de Lourdes, qué ocurrencias las de mi papá. Por lo pronto Mister Salinas ni siquiera imagina el incendio y el caos que llegará.

El raudo taconeo de las muletas sobre la pista de tartán es contrapunto al suave golpetear de los pechos de la corredora, y al fuelle equino de la nariz del ciego y al zumbido que escapa como iracunda súplica de los músculos tensos del manco. Es una música de ruidos naturales, suena en verdad como canto amoroso y de muerte.

Terrible la trifulca que se armó entre el respetable, muy curiosa disputa por un catalejo. Eran dos mellizos que por el ansia de mirar pelearon; el catalejo había sido comprado con el mutuo dinero de los univitelinos y especialmente para disfrutar de la carrera. El uno pensó que el otro tardaba demasiado en sus observaciones, primero reclamóle con voces mesuradas, mas luego viendo que absorto le ignoraba púsose a exigir con palabras airadas su derecho a mirar. Y en menos que se cuenta, del dicho se pasó al hecho, y entre dimes y diretes los puños consanguíneos se crisparon, brotó de los nudillos la exasperación, sonó un golpetón y otro, y otro, así hasta que con marciales actitudes aparecieron tres agentes policiacos, y en un santiamén a los rijosos despojaron del catalejo haciendo cesar de esta manera el zipizape; a chirona los mellizos fueron remitidos. Luego llegó otro policía, seguramente un jefe porque en seguida y sin que nadie lo estorbara, apropiándose del artefacto requisado dedicóse a mirar por el ingenioso lente que tan cerca le ponía las carnes de la señorita corredora.

El ciego en su pujanza perdió la brújula, el norte de su olfato equivocóle el mapa pero aunque rezagado ya del grupo tuvo una idea salvadora. Haciendo acopio de dignidad decidió asumir el último lugar y a propósito marcha despacio, bien sabe que la joven Salinas al completar una vuelta más que él, forzosamente se hallará ubicada en el trayecto de sus ganas. Ya no puede aguantarse, ha decidido transgredir las normas y disputarse el todo por el todo. Corre en zig-zag para perder el tiempo necesario y así verse alcanzado. Al sentir cerca pisadas de mujer se le rueda una sonrisa tímida.

Mister Salinas que con gran atención vigilaba el transcurso del "moderno y audaz espectáculo", pronto ha descubierto las aviesas intenciones del rapaz competidor y ni tardo ni perezoso implacable desenfunda la pistola que momentos antes le había servido para indicar el principio de la justa. Hados terribles cortan los aires porque calmosamente el padre ofendido encamina la mira en dirección a la cabeza del ciego incontinente. Cuando ya Pedro se concibe hundiéndose en la ninfa, pum, hubo un relámpago bajo las óseas paredes de su calaca; la bala en el ojo ciego otorgó luz a la retina por excepcional y única vez. Ya hay un corredor fuera de la competencia.

Aunque la contienda prosiguió fluyendo como río cierto del mar, la detonación no es del agrado del susodicho *monstruo de las mil cabezas*, el disparo fue escuchado con fingida tole-

rancia y bajo la apariencia, a muchos el coraje les aguó el festejo.

La madre del ciego, una anciana arrumbada y polvosa que obtiene techo y comida abriendo y cerrando las puertas de una vecindad en el barrio de san Sebastián, se negó a aceptar como ciertas las imágenes que la televisión desde un cuartucho oloroso a humedad, ofrecía a eufóricos bebedores de cerveza, parroquianos que ignorantes de la senil progenitora se manifestaban con rotundas y encontradas voces acerca de la forma en que había sido muerto el malogrado violador. La viejecita se fue a barrer como si nada hubiera visto, segura de que su hijo sigue vendiendo billetes de lotería en la esquina de siempre. Entre viento calmo volarán lánguidos acordes, chirridos de puertas, fúnebres compases sobre el lomo parduzco de los grillos cuando por la tempranera mañana del día siguiente, la anciana mal disimulando bajo las canas un presentimiento, le lleva tamales a su hijo Pedro. De verdad va a sentir feo cuando descubra inexplicablemente abandonado el puestecito de los billetes de lotería. Qué lóbrega la esquina y qué verdadera. La bolsa de papel con los tamales se le caerá de la mano y voluntariamente la deja olvidada. De vuelta a casa irá la viejecilla tan absorta, que no va a darse cuenta de las grandes columnas de humo que saliendo del estadio ennegrecen el cielo; tremendo motín.

Sabiendo que ya sólo dos compiten, el

manco aumenta la velocidad hasta tal punto que su correr le vuelve dolorosas las caricias otorgadas por el viento en la entrepierna, el encuentro entre el glande y el soplo de Eolo prodúcele sofocos, y hasta el simple respirar se hace un tormento, únicamente la feroz querencia de alcanzar la fémina prolonga su insistencia.

En los mingitorios del baño alguien se orina sobre un corazón, el chorro se enrojece como una mala señal disolviendo la roja presencia en un juego sangriento de pequeños remolinos. A quién se le ocurriría mandar a hacer corazones de naftalina púrpura. En cada orinal un corazoncito se deshace tiñendo las cañerías que habitan bajo la pista donde los hombres persiguen una fantasía.

Parece que la muchacha gana terreno, pero al sentirse Pablo y Juan sin la presión de Pedro, la más cercana posibilidad del triunfo dales nuevos ímpetus. Para la cuarta vuelta ya sólo se encuentran a sesenta centímetros de la epidermis del premio, a cincuenta centímetros del rocío que en el monte de Venus de la prenda amada pronostica texturas nunca exploradas suficientemente.

Vuela cuerpo mío, háganse alas mis omóplatos, plumas mi piel. A mí velocidad de la luz. Mas de pronto el manco reventado por el frenesí, da una vuelta de carnero y rueda por la pista.

Al notar el desmoronamiento de su único adversario, con discreto regocijo el cojo

siéntese ganador aunque no ceja en su desaforado muletear. Muleta izquierda, muleta derecha, muleta izquierda, muleta derecha, así, así, así. La infalibilidad del ritmo en toda su evidencia. Así, así mi cielo, ay qué rico.

Otro menos, pensó la muchacha al sentir la caída de Juan. Papá tenía razón, con una buena selección de los contendientes estaría a salvo; de cualquier manera no me desampares santo Niño de Atocha. Y en su circunstancial plegaria la bella atleta no se ha percatado de que Juan el manco cual si fuera un inmortal, se reincorpora y vuelve a perseguirla. Impulsado por ancestrales biologías Juan repite la maña del cavernícola que desmayado, elude la fatal embestida del mamut. Qué chinga, piensan al unísono Paco y la señorita Salinas.

A la bio a la bao a la bim-bom-bam, el manco, el manco, ra-ra-rá. Y estallar de cohetes en el cielo con sol. Miles de brazos bailan en las graderías. Desde los bolsillos el azar da voces, comienzan a cruzarse las apuestas. Cien por el cojo, voy doble al manco.

Vuela cuerpo mío, tórnense alas mis omóplatos. Pero Juan tres y cuatro veces perdió el equilibrio, así hasta extraviar los pasos por los siglos de los siglos. Cae Juan el manco, terrestre, terreno, material hasta el cansancio, inútil ahora hasta los tuétanos muere fracturados los occipitales. Sobre la pista crece una mancha oscura, va dibujando el perfil de un país infortunado, el mapa de un lugar cuyo

nombre duele recordar. En gran acercamiento las cámaras de televisión mostraron la sangre, no faltó quien creyera mirar en el charco rojizo la silueta de un cuerpo de mujer.

Ya repuesto el público del descalabro, superado el natural desánimo reconocen que aún les queda gallo. Paco es desde ahora su representante plenipotenciario, mientras él tenga vida el triunfo será posible.

En los finales de la quinta y última vuelta la garganta de la concurrencia se ha despellejado en el ardor de las exclamaciones, cogote vociferante, la voz más grande. Tú eres el bueno, cojito, tú le das. Échatela por mí. Cójetela mi cojo. Cójetela. Cójetela. Cójetela cojo. Cojo. Cojo. Y es como un ritual el sacudimiento de los gritos. Para que dure más la entrada de mi fierro, se lo meto poco a poco, poco a poco, poco a cojo, cojo a cojo, cojo, cojo. Y no me lo va a creer comadrita, cuando ya casi la alcanzaba, que se le truena una de las muletas, sí, como lo oye, se rompió la desgraciada, y aunque el cojito brincó como diez metros, ya no pudo seguir.

Ay comadre, el sonido de la rotura fue como el chasquido de unos dedos gigantes que ordenaran silencio. Como si el sol hubiera fulminado al ruido, así de mudo se puso todo. Luego lueguito que cayó el desdichado viera usted qué apagado se quedó el estadio. Después; bueno pues ya sabe usted lo que pasó, la quemazón y todo eso, pero en el

momento de la caída hubo tanto asombro que se pudieron escuchar las pisadas de la hija de Mister Salinas cruzando la meta. Hubiera visto el coraje del pobre hombre cuando se vio acabado; cómo sería la visión que mi sobrina al mirarlo se puso a llorar sin darse cuenta. Claro se notaba que el cojito no quería morir, viera cómo se sacudió antes de entregar el alma.

Se descompone, se pierde, el arriba y el abajo son el mismo sitio, fuera y dentro la misma perdidumbre. Él sabe que es Paco, pero nada más, tratando de recordar, el olvido se lo empieza a comer.

–Mirá loco, ponele ahí que el cojo se levanta. No jodas, cómo es que ninguno va a romperle el culo a la mina esa. Andá Nacho, ponele que el de las muletas se la tira.

–No.

1981

El augurio

Era una de esas tardes invernales en que oscurece temprano y todo se pone tranquilo. Me encontraba leyendo en mi sillón favorito cuando sobresaltado por la súbita intensidad de la luz, dejé a un lado el libro y me entregué a lo luminoso. Todas las lámparas del departamento habían quintuplicado su brillo, cada objeto parecía nuevo entre el inesperado resplandor.

Aún no salía de mi asombro cuando sonaron golpes en la puerta. Ya ni en casa puede uno leer con tranquilidad, pensé mientras me dirigía a abrir.

Volvieron a llamar, escuché voces de mujeres y niños, eran las vecinas de los departamentos tres y cuatro con sus dos hijos y sus dos hijas de seis a nueve años, revoltosos e incansables, y un perro pekinés llamado Lucas, y una lámpara de pilas en la mano. Me venían a reclamar que la luz de sus departamentos se había pasado al mío, casi me culpaban de la situación.

Resentidas en su cotidiano esplendor no

podían aceptar que mis habitaciones lucieran tan iluminadas mientras las suyas se encontraban en la oscuridad; qué pensarían sus maridos cuando volvieran a casa.

No puedo negar que en ese momento me sentí halagado, imaginar que la luz había elegido mi departamento era divertido, me alegré de la pedantería lastimada de mis vecinas y hasta estuve seguro de que el fantástico suceso era un buen augurio.

La joven señora del cuatro, esposa de un político arribista, morena y bella y verdaderamente preocupada por la situación que le impedía ver sus telenovelas, herramienta en mano me pidió permiso para revisar la caja del control eléctrico de mi departamento. Les dije que podían pasar y al instante el perro y los niños se precipitaron al interior con gran escándalo.

De inmediato la vecina del cuatro abrió la caja y procedió a revisar, intrigada se inclinaba frente a la pared y metía la nariz intentando descubrir algo. Su comadre le daba consejos con tal entusiasmo que la hacía parecer experta; impaciente, alargó el brazo y también ella se puso a hurgar entre los cables. Incapaz, volvió a impulsar a la comadre con increíbles explicaciones; yo las observaba divertido e incrédulo.

De pronto saltó una chispa y todo quedó hundido en la más profunda oscuridad. Por un instante cesaron los juegos infantiles pero luego prosiguieron como si hubiera luz, el perro brincaba sobre mis muebles y las comadres con la

lámpara de pilas continuaron sus maniobras entre la tiniebla. Sin saber cómo ayudarlas sólo me acerqué a mirar.

El departamento se llenó de misterio, los objetos cotidianos se volvieron inusuales, las vecinas lucían transfiguradas. Inclinando más el cuerpo la morena inesperadamente se me acercó. Luego del sobresalto me hundí en un vértigo. Creí que había sido un contacto accidental y hasta pensé pedir disculpas, pero la insistencia en el acercamiento me llevó del azoro a la lujuria.

Por mi memoria cruzó la imagen de la joven señora en el elevador, cargando bolsas de alimentos y con sus hijas jugueteando a su alrededor.

Aun dudé si sería mejor cambiar de lugar, pero como atraido por un imán quedé soldado a la tibia redondez del trasero de mi vecina. Mientras la señora del tres asesoraba con una convicción que la hacía parecer *técnica electricista* la del cuatro se apoyaba deleitosa contra mí. Sin poder evitarlo comencé a empujar.

Sólo el perro parecía haberse dado cuenta de lo que ocurría pues dejó de correr, sin embargo los cuatro niños siguieron jugando con verdadero frenesí.

Sin interrumpir su labor, la señora del cuatro echó atrás la mano libre y comenzó a frotar mi entrepierna. Por única ocasión, en un gesto fantástico su mano olvidaba las labores hogareñas, los platos donde comían los invita-

dos del marido siempre ocupado en la política.

Con movimientos ansiosos pero exactos su mano deambuló entre el deseo, voraz y libre y olvidada de la carrera en ascenso del licenciado.

El efecto fue devastador, comencé a ser invadido por un enloquecimiento. Con rapidez sorprendente me bajé el cierre y su mano avanzó hasta mí, luego ya todo fue lanzarse a la negrura. La lámpara tembló, por un instante las sombras se sacudieron.

Pese a la cercanía de la comadre, y de Lucas, y de los niños, arrastrado por un hechizo decidí levantar el vestido; con lentitud despejé el camino y ella se acopló con pericia inverosímil. Entre la oscuridad comenzamos a ser un agitado mar profundo, un oleaje invisible y con estrellas.

Ajena a la pasión que a su lado ardía, la señora del tres conversaba a ratos. Ay comadre, ya es la hora de la telenovela, no vamos a saber si Mariana se casa. No se preocupe comadre, ahorita resolvemos este asunto, respondió con fingida tranquilidad la esposa del político, del anfitrión amabilísimo con los diputados y los policías que de vez en cuando cenaban en su departamento, siempre tan pulcro.

Convencido de que algo extraño ocurría, Lucas comenzó a ladrar enfurecido y con violencia se prendió de mi pantalón. Al escuchar los gruñidos una de las niñas le llamó la atención. Lucas, no seas grosero, deja en paz al

joven. Yo casi loco de placer aun fui capaz de disculpar al animalito. No te preocupes niña, sólo está jugando. Ya mero, comadre, preguntó con deliciosa sangre fría la señora del cuatro.

La oscura peripecia se formalizaba, todo parecía volverse cotidiano, el perro se cansó de morder mi pantalón, los juegos de los niños continuaron, y el vaivén, y la vecina del tres con herramientas y la negrura y su oleaje.

Haciendo un enorme esfuerzo por amortiguar el alboroto al fin estallé, fue como si me volviera al revés, sin duda el mejor orgasmo de mi vida. Cerré los ojos y al abrirlos todo se iluminó. Ya la hicimos comadre, gritó la del tres. La luz como una catarata nos bañaba.

Todo fue brillantez, la claridad había explotado. Con la irrupción de la luz cesó el movimiento, hubo un instante eterno en que la vida enmudeció. Qué estoy haciendo aquí, pensé al descubrirme incrustado en mi vecina. Si yo estaba leyendo en mi sillón favorito. De ese pensamiento fui sacado a patadas por la niña más grande, que se lanzó contra mí gritando ¡Deje a mi mamá! ¡Deje a mi mamá!

En medio de una luz cada vez más deslumbrante los niños comenzaron a llorar, la comadre del tres me miró con los ojos muy abiertos y luego se desmayó con gran estruendo. Mi ocasional amante, aún penetrada comenzó a gritar ¡Auxilio; ¡Auxilio!, con un volumen que nunca le imaginé.

Ante los gritos, los llantos y los ladridos,

el vecino del uno se previno con el cuchillo de la cocina; yo velozmente salí de la señora aunque no entiendo por qué el cierre no me lo pude subir nunca.

Arreglándose el vestido finalmente mi vecina se irguió, bella pese a todo y aun encantada por el disfrute, ante mi cara volvió a gritar ya sin convicción, ¡Auxilio! ¡Socorro!

Golpeando innecesariamente la puerta, el vecino del uno entró blandiendo el cuchillo y sin dirigirse a nadie gritó ¡Arriba las manos! Aunque la frase sonó idiota yo levanté las manos.

Mientras el perro lamía la cara de la del tres y gimoteaba, los niños me señalaron y el vecino apuntó el arma contra mí.

No dije nada, no expliqué, sólo permanecí en silencio, extrañamente tranquilo ante la escandalera.

1991

De cómo Guadalupe bajó a La Montaña y todo lo demás

En la esquina de general Arteaga y calle de la Constitución hay una cantina que se llama La Montaña. El cantinero es don Pepe. Calvo. Tiene una hernia. Mejor conocido por don Pepe Bolas. En La Montaña o por ahí se reúne la flota del barrio de san Sebastián. Los güevones como dice doña Florita.

Ai póngale un tostón a la mierdola pa que cante Pedro Infante. Sale mula de seises. Ay güey. Paso. A que no saben a quién vi en casa de la Patas Peludas. A tu mamá. Bofo. Saquen la de cincos que se orca. A la hermana de Lupe. No mames. En serio pero me dio chivia que nos metiéramos al cuarto. Pendejo. Lo cierro a blancas. Tejones porque no hay ardillas.

En la tarde los vagos como les llama don Camerino se dedican a mirar: nalga/culito/molote/pedorro, como dicen ellos. Chiquita. Ya viste qué calzonzotes. Mamacita. Quién fuera mosquita para pararse en tu caquita. O nomás a hacerla de pedo como dice don Pepe Bolas.

Así hasta que los murciélagos salen del campanario. Entonces el día se va hecho la mocha. Y se prenden los focos en los postes para que los parroquianos no se tropiecen con los adoquines. Hora de hacerle al galán y los que tienen ruca a darle al cachondeo. Verdá mi Revlon. Segurolas mi Trompitas. Sentados en la banqueta los solteros les llevan gallo a sus novias invisibles. "Dicen que la distancia es el olvido. Pero yo no concibo esa razón. Porque yo seguiré siendo el cautivo de los latidos de." Y el Pifas platica de cuando la bisabuela Juana le decía que tomara caldo de tlacuache blanco. Mueles los huesos. Cuando haya luna llena te los bebes. Verás cómo se te quita lo prieto. No seas hablador. Me cai. Y el Caguamo de todas las artistas que me voy a coger cuando sea campión mundial de lucha libre.

Era un domingo del mes de enero. Con todas las calles del barrio llenas de tiras de papel crepé multicolor. Y banderitas de papel de china agujereadas. Temblorosa alegría entre los vientos. De lado a lado de la calle. De esquina a esquina los adornos ocultan el cielo. Mejor dicho hacen un cielo más cerca de la gente. La calle entonces se convierte en el patio de la casa de todos. Es la fiesta de san Sebastián. Patrono del barrio. Un santo con cara de mujer. Y todo lleno de flechazos. En la *doctrina* le cuentan a los niños que fueron los romanos quienes lo ajusticiaron.

El jardín principal está lleno de gente.

Vamos a *los juegos* dijo el Pifas. Y se van los de siempre. El Revlon decía que eran los tres mosqueteros. Y el Caguamo que no güey si somos cuatro. Los tres mosqueteros eran cuatro. Lo dijeron en la equisedobleú. Ah. Al Trompas no le interesaba la discusión. Quería llegar al jardín. Los juegos. Las luces. Las canciones. Traía algunos antojos.

Anduvieron dando la vuelta. Haciendo bola. Metiendo mano. Culito hermoso. Suavecito como pétalo. Manzanitas perfectas manzanotas bajo el vestido de charmés color de rosa.

Se subieron al "martillo" y el mundo comenzó a dar vueltas más aprisa. El día abajo la noche arriba. Los cuatro estómagos se dejaban caer desde las nubes. Y cuando se iban a estrellar contra las luces se volvían a subir. El Trompas mitad miedo mitad en broma se sacó la de hacer niños y se mió. Ya comenzó a llover decía la gente. Qué gacho.

Luego fueron a la carpa Venus. Sí pa ver la variedá. Mientras veía a la Susuki el Caguamo moviendo el dedo por entre la ropa así así se hizo una puñeta chaqueta manuela paja vulgo: masturbación. Fue de a bolsita de pantalón. Pendejo la bailarina era un puto disfrazado. Qué se me hace que te gusta la singüeso. El camote. La peluda. El fierro. El mastiache. Me agarras cansado. Hablador. De todas maneras estaba rebueno.

En la carpa de la Señorita Araña el Revlon se chingó una cartera. A ver Señorita

Araña dígale al público presente por qué se quedó usted así. Por desobedecer a mis padres. El-índice-y-el-medio. De qué se alimenta usted. De carne humana. De-la-pura-esquinita. Qué consejo le da usted a la juventud. Que no desobedezcan a sus mayores. Pero-jalando-rápido. Se acaba esta tanda y sigue la otra. En la cartera había como quinientos pesos.

Ya con lana se chingaron unos joqueis con miel. Y unas enchiladas con café. Y unos tacos con refresco. Bien a toda madre. Me cai.

Con dinero baila el pedo. Dijo sonriente el Caguamo lanzándose un perro. Y ya picados que se meten al Castillo de los Espantos. Entraron en fila india. El Revlon le soltó un madrazo al Mostro de la Laguna Negra. Me agarró los güevos el cabrón. Y se salieron.

Todo iba tranquilo hasta que llegaron al tiro al blanco. *Tiro Sport América*. Pasaban desfilando los soldaditos. Los patos. Los conejos. Los changuitos de plomo. El que pierde paga. Y el Trompas alardeando de su buena puntería disparaba cada vez de más lejos. Que pa que vean güeyes. Cada vez más retirado. Pa demostrar la chingonez. Más lejos. Más. Hasta que se perdió con todo y rifle. Nomás dijo ya se acabaron las municiones y se fue. La gente al mirarlo venir con el arma pronto lo dejaba pasar. Fácil huyó. No mames. Regrésate. Ya vente ojete. Pinche Trompas. Y policía policía unos ladrones. Auxilio. Agárrenlo. Policía. Deténganlos. Y a correr. Y la ley detrás. Y tanto que habíamos comido.

Que los traigan. Este es José de Jesús Martínez alias el Pifas. Divorciado. Veintiocho años. Dícese pintor de paisajes. El hijo de la chingada se disfrazó de vendedor de tacos y por poco se nos escapa. Fírmale y pásale.

Este es Federico Pérez alias el Revlon. Vago y malviviente. Soltero. Veinticuatro años. Trabaja a veces de carnicero. Lo capturamos en el local de Sedy Merqui La Dama de las Serpientes. Al cumplir con nuestro deber pisamos dos tarántulas. Y tuvimos que matar una boa que nos atacó. Firma aquí y pásale.

Este otro es Manuel Orta Gómez alias el Caguamo. Vendedor de periódicos. Veintidós años. Se cree luchador. A éste con riesgo de nuestras vidas lo tuvimos que bajar de la Rueda de la Fortuna. Fírmale cabrón.

Al cuarto malhechor de nombre Juan Sánchez alias el Trompas que según declaraciones de testigos fue quien inició el asalto no pudimos detenerlo. Huyó del lugar de los hechos amenazando a la gente con un rifle. Es todo. Jefe.

A ver hijos de puta. Orita nos dicen dónde vamos a encontrar al otro pendejo. Plaf.

A esas horas el jardín de san Sebas está muy silencioso. El desmadre se ha ocultado entre los puestos. O bajo las hojas de los árboles. El campanario abre un ojo porque al rato le toca llamar a la primera misa del día. Llega como a las siete. De negro. En las calles el papel de colores está húmedo. En las celdas hace un

chingo de frío.

Jefe. Anoche nos cansamos de madriarlos y no dijeron nada. Está bien. Que los turnen al juez. A ver si se les quita lo padrote.

Ese don Pepito tráiganos las otras. Ya peló gallo esa mulita. Pasaportes. Iguanas. Tragos de cerveza. Pinche Trompas. Que ni se aparezca por aquí el ojete. Trago de cerveza. Dos meses en el bote por su culpa. Silencio. Tragos. Al menos me sirvió pa darme cuenta que mis viejas valen madre. Por qué mi Revlon. De todos mis amores ninguna fue siquiera pa llevarme unos cigarros. Pos será el sereno pero yo a ese güey me lo voy a madriar. Hijo de la chingada. Trago prolongado de cerveza fría. Cálmese mi Caguamito. El Trompas se portó gacho pero es cuate. Qué no ve que el niño dios nunca le trajo nada ninguna navidad. Tenía ganas de su riflecito. Neta.

Miren. Y el mediodía se puso serio porque el Pifas está hablando en serio. Ora que estuvimos entambados estuve pensando muchas cosas. POEMA: Nos metieron al pinche bote / dos pinches meses / porque no tuvimos una pinche lana / para darle una pinche mordida / a la pinche justicia / o a poco vieron a un pinche curro adentro. CORO: Me cai que no.

Por eso en vez de pensar en darle sus madrazos al Trompas hay que pensar en cómo tener harta lana. Harta. Pa hacer chingaderas y que medio mundo nos pele la verga. Siéntese bien no se vaya a caer. NOTA: en todo el cuento

nunca llegan a entender que el problema es el pinche sistema capitalista.

Yo tengo un plan. A ver qué les parece. Vamos a aventarnos un secuestro. Paletas. Paletas. Paletas. Frente a la cantina el paletero y su sombra se desgañitan muertos de sed. Paletas de leche y agua. Moretones de viento en el pecho los gritos. En la sombra también. Tragos de cerveza tibia. Está cabrón. Más tragos. Con tanto secuestro que hay ningún ricacho anda solo. Ya lo sé si no me creas tan güey. Estuve pensando en alguien que no tenga guardanalgas. A poco piensas secuestrar a uno del barrio y pedir de rescate la hija más buena. Luego vendemos a la ruca y nos venimos a poner bien pedos con don Soplas. No mamen. Estoy hablando en serio. Era verdad. Las moscas en La Montaña estaban quietas.

Tragos de cerveza fría. Bueno pues mi Pifas dinos a quién. Ustedes nomás ténganme confianza. Yo ya lo pensé y repensé. Lo planié en la celda. Todas las noches. Antes de dormirme. Cuando sentía más frío. A ver cómo la ven cuates. Vamos a secuestrar a la virgen de Guadalupe. A la reina de México. Sí. A la de la basílica allá en la capital.

Las moscas huyeron. En los caracoles de las ventanas del barrio el mar se silenció. En las macetas cercanas a La Montaña las flores se estremecieron. Estaban nerviosas las cucarachas.

Calma tu pedo Pifas. Ni madre yo no me

quiero condenar. Chale no sean culeros. Va a ser fácil. Échenle cabeza y verán cómo en un dos por tres nos aventamos. Órale. Vamos a la capirucha y nos retachamos de volón.

Eran como las tres de la tarde. Ya vas.

El día señalado. Jueves seis de agosto. La mañana tiene canas. Quiere decir que amaneció gris. Pendejo. En la ciudad los pájaros despertaron mojados. No eran orines. No era el rocío. Eran las lágrimas de los árboles. Güey.

El Revlon apareció antes de la primera misa. Tenía puesta la sotana robada en la sacristía de san Sebas. Tic-tac. Tic-tac. El reloj principal de la basílica se detuvo. Tic-ta... Quien lo viera no lo creyera. El Revlon estaba igualito que un cura.

Llegó al altar mayor acompañado por dos trabajadores del templo. El Pifas y el Caguamo con bata y casco y botas y la boca seca. Reseca. El miedo es cabrón. Resequísima. Con la debida solemnidad y siempre bajo las indicaciones del padre Revlon. Los ayudantes hicieron su trabajo. Las manos. El pulso. Los latidos. Fríos. Sudados. Temblorosos. Laboraron.

Afuera el auto robado fumaba con impaciencia.

Lentamente la virgen comenzó a bajar del altar a La Montaña. "Miembros de la Liga Comunista Comandos del Pueblo secuestran a la reina de México": *Excélsior*. Los tres con un estilo impecable iniciaron la procesión. Pero no

podían salir. La puerta se iba cada vez más lejos. Caminaban y caminaban. En el pasillo sobre la alfombra conocieron la eternidad. Mientras las bancas a los lados quietecitas les decían adiós. Adiós Caguamo ganas de llorar. Adiós Pifas ganas de miarse. Adiós Revlon ganas de cagarse. Pie derecho pie izquierdo. Pie derecho pie izquierdo. Adiós. Buena suerte. "A empujones fue subida en un auto la virgen de Guadalupe": *La Prensa*. Los escasos fieles de esa hora se arrodillaban al paso de la comitiva. Con cuidado hijos no vayan a estropear la imagen. Los órganos en todas las iglesias tocaban una misma nota al mismo tiempo. Luego de cinco mil aves marías llegaron al carro. "Adoradores de la hoz y el martillo sin madre dejan a la patria": *Alarma*. Nadie sospechó nada. Un limosnero ciego algo presintió cuando al pasar la imagen se le cayeron las nubes de los ojos. Pudo ver. Pero al instante la morenita lo volvió a cegar. El sol salió para mirar el auto que arrancaba. Todos iban felices. También la virgen en los brazos del Revlon.

La versión de un testigo: cerca-de-las-seis-de-la-mañana-una docena-de-hombres-armados-hasta-los-dientes-entraron-de-improviso-al-templo-y-ordenaron-a-los-que-ahí-estábamos-que-nos-pusiéramos-de-cara-al-piso-arriesgando-mi-vida-quise-impedir-el-sacrilegio-pero-las-fuerzas-me-fallaron-los-criminales-eran-altos-y-barbados-y-hablaban-un-idioma-extraño. El ciego sabía que no era cierto.

Los postes en la carretera pasaban hechos la chingada.

Detente. No. No me detendré. Ese hogar es mío. Sólo mío. Pi.Pi.Pip. Se interrumpe la radionovela. Desde la redacción del noticiero llega una noticia. Hoy a las cinco cincuenta de la mañana la virgen de Guadalupe fue secuestrada. La reina de México. Sí. La de la basílica en el Tepeyac. En una nota que los plagiarios dejaron junto al altar exigen la suma de cinco pesos. Cinco pesos por cada mexicano católico apostólico romano. Cantidad que será entregada al Comité Pro-Construcción de la nueva basílica. Organismo con quien los malhechores se comunicarán para fijar el sitio de la entrega del rescate y la devolución de la patrona de América. Luego se sigue oyendo *El hogar que me robé.*

Misión cumplida. Ya la guardé y don Pepe ni se las olió. Misión cumplida. Vamos a echarnos una fría. Misión cumplida. Hasta dos. "La historia de la moneda de a cinco pesos."CUENTO:HabíaUnaVezUnaSeñoraQueSe LlamabaDoñaJerónimaQueLavabaRopaEnCasaDeLaSeñoraLópezLaCualPagóLaLavadaConUnaMonedaDeCincoPesosQueElSeñorLópeObtuvoAlCobrarLaRentaDeLasVecindades DeSuPropiedadEnUnaDeLasCualesViveDoñaJerónimaQuePagóLaRentaConUnaMonedaDe CincoPesosQueHabíaObtenidoPorBarrerEnEl RestauranteLopitosDelCualEsPropietarioElSeñorLópez. FIN

Esta moneda es pal rescate de la virgencita. Y doña Jerónima se fue a formar a la cola de los apostólicos romanos y católicos. Y mexicanos. Colona serpiente. Quetzalcóatl múltiple. No mames. Que se viene arrastrando sobre su panza de suela de zapato. Colísima que repta desde el centro de la ciudad hasta el cerro del Tepeyac. Ahí fue donde se puso el Comité. A los costados del colonón se vende: "voy a pasar lista": Tamal-presente. Atole-presente. Estampita de la virgen-presente. Chicle-presente. Rosario-presente. Charamusca-presente. Escapulario-presente. Tlacoyo-presente. Vela bendita-presente. Taco-presente. Pulque-presente. Enchilada-presente.

En la cola todos compran y se divierten. Mientras el Comité llena y llena costales y costales de monedas y monedas como la de doña Jerónima. Jerónima.

COMUNICADO CONJUNTO DE AUTORIDADES CIVILES, MILITARES Y RELIGIOSAS: De ninguna manera se negociará con terroristas secuestradores y sacrílegos.

Ta ra ta ta ra ta ra ra rán. Ta ra ta ta ra ta ra ra rán. Pedro Infante en La Montaña: "Te vi sin que me vieras. Te hablé sin que me oyeras. Tus ojos ni". Ya ves pinche Pifas. No quieren darnos la lana. No se me asusten. Así dicen siempre. A poco creen que van a dejar que hagamos chicharrón de virgen. Porque si no nos dan lo que pedimos la quemamos. Pos sí. Sirve que ya se va al cielo y deja de sufrir con nosotros. Mira mira. Oye güey andan agarran-

do a un chingo de gente. Los cuicos y los sardos se meten a las casas. Dizque llevan ya como cincuenta culpables. Train ganas. Pobre gente. Silencio. Hay que hacer algo. Fumadas de cigarro. En la oscuridad de la preocupación se prende un foco. El cerebro del Pifas de setenta y cinco wats. Ya sé.

Noticia de último momento. Hoy a las diecinueve treinta horas se recibió un comunicado. Los secuestradores declaran que ante las injusticias que las autoridades están cometiendo. Según los maleantes aclara el locutor. Nos vemos obligados a revelar nuestra identidad. Qué buena idea pinche Pifas. Somos miembros del grupo Bancos Mexicanos Unidos. Qué mentira más absurda, aclara el locutor lameculos. Que ante los problemas de nuestra cadena de bancos nos hemos visto obligados a salvar nuestra situación con la ayuda del pueblo de México. De la que se está perdiendo el Trompas. Seguiremos informando. Entra música sacra.

Clap. Clap. Clap. Pisadas. Clap. Clap. Los pies desnudos de un niño que vende periódicos. Clap. Sobre las calles las plantas descalzas. Extra. Extra. Clap clap. Son arrasadas las instituciones bancarias del país. Clap clap. El ejército reprime. Clap. A quemar el dinero que es del diablo. Y tanto fuego hubo que hasta las monedas ardieron. Moraleja: el dinero lo tienen los ricos. No sirve.

El Trompas todavía anda oculto. Aunque

ya ha conseguido municiones. Extraña un chingo a sus cuates. Carajo. Mis cuatitos. Un suspiro azul se le escapa. Olió a añil.

Clap clap. Pisadas. Ya sabes. Clap. La extra. "Suicidios colectivos." San Luis Potosí. Méx. Nueve de agosto de 1976. AP y EFE. La congregación de adoradoras de la vela perpetua voluntariamente decidió incinerarse como desagravio por lo ocurrido a la reina de México. Una espesa columna de humo negro y maloliente oscureció el cielo de la ciudad. Las mujeres morían entonando el himno guadalupano. Se temen brotes de solidaridad con las adoradoras. Aclaración: Las damas flamígeras no llegaron a saber que los autores del secuestro eran tres paisanos.

Telegrama del Vaticano: Decreto excomunión plagiarios patrona de América punto Pido respeto para banqueros punto Únome tragedia pueblo mexicano punto firmado Paulo Sexto.

Que el papa vaya y chingue a su madre. Gritó feliz don Goyo el talabartero. Después de muchos años estaba eufórico el viejito. Salud. Ya terminó de arreglar mi vasija preguntó doña Petra. Este día no trabajo.

Mensaje del presidente de la república: Hoy la nación sufre el ataque de fuerzas proimperialistas e intereses extraños. Enemigos del progreso del país. Hoy somos blanco de una conjura internacional contra la democracia y la libertad. Yo exhorto al pueblo de México a

mantener la cordura junto a sus gobernantes. Y sigue más discurso en cadena nacional.

Tranquilamente miaba un borracho. Filosofando mientras el chorro de orines gorgoreaba en los agujeritos del mingitorio de La Montaña. De pronto en la esquina del baño. De atrás de unos botes apareció la virgen de Guadalupe. El ebrio salió corriendo y jurando a gritos que no volvería a tomar. Se fue sin pagar por supuesto. El agente judicial asignado a vigilar esa zona escuchó el escándalo. Rodrigo Madariaga mejor conocido entre sus compañeros con el sobrenombre de El Perro. Ante los gritos del alcohólico anónimo el Perro se dirigió al lugar de los hechos. Y oh sorpresa la del agente al descubrir a los malhechores con las manos en la masa. El Caguamo y el Pifas tratando de ocultar a la reina de México tras el excusado. Dueño de la situación el Perro se dispone a detener a los secuestradores. En eso CRAK. El Revlon por atrás con una silla. La cortada en la cabeza va de oreja a oreja. El judicial cae. Perro alcancía. Aún atarantado por el golpe sabe que ésta es la oportunidad de su vida. El triunfo que toda la fuerza policiaca del País quiere lograr. Y él puede hacerlo realidad. Él. Un humilde agente judicial del Estado.

En el piso las escupidas y las colillas de los cigarros están llenas de sangre. Asustadas. Tengo...que...lograrlo...ayúdame...virgencita...de...Guadalupe. El Perro instintivamente dirige su mano hacia la pistola. Don Pepe

Bolas incapaz de resistir el espectáculo se desploma. Nunca imaginó que ahí en su cantina la virgen. Y luego la pelea. Es demasiado. Ni siquiera una veladora le había puesto. Ya no lo hará. Su corazón sin gasolina dejó de funcionar. Descanse en paz.

Repuestos de la sorpresa se lanzan sobre el Perro. El Caguamo le pone el zapato en la mano. Se la hace caca. La treinta y ocho super se quedó quieta entre los dedos rotos. Ora qué hacemos con este güey. Pos por lo pronto dale una patada en los güevos. No se vaya a parar. En lo más hondo de su conciencia el Perro sabe que ésta es su oportunidad. Tiene que agarrarlos. Ayúdame...virgencita...de...Gua. PAF. Los güevos. Ten...go...que...ha...cer...lo. El Caguamo aterrorizado al ver que el Perro intenta levantarse le suelta un puñetazo que le rebota la cabeza entre las fichas de cerveza. Cálmate Caguamo lo vas a lastimar. Dice el Revlon sin darse cuenta de lo inútil de su preocupación. Asombrado en la rocola Pedro Infante: "Por las tardes iba enamorado y cariñoso a verla".

La confusión y el miedo dando aletazos chocan contra puertas y paredes. Amarás a Dios sobre todas las cosas. Se oyen los aletazos. No matarás. La sangre acelerada hincha las venas. Los músculos a punto de estallar en una carrera sin fin. Asustados los ojos no saben qué hacer. Pobres. Parece que todos saldrán huyendo. Hasta don Pepe muerto con todo y su hernia.

El Pifas rompe el maleficio. La Montaña deja de temblar. Éste todavía se mueve. No podemos dejarlo vivo. Al rato tendríamos encima todo el ejército. Qué hacemos le preguntó el Revlon. A poco quieres que lo matemos dijo el Caguamo. Las palabras se quedaron en el aire. Lo primero que hay que hacer es calmarnos. Si nos apendejamos nos lleva la chingada a todos.

Cierra las puertas Revlon. Tú quítale la pistola. No mames está toda llena de sangre. Y míralo se está moviendo. Ten...go que... hacer...lo...unhumilde...judici...ayú...dame ...virgenci. Que le quites la pistola pendejo. Ante la inutilidad del Caguamo el Pifas da un brinco y agarra la pistola. Se la ofrece. Apúntalo. Yo mientras guardo a la virgen. Luego nos vamos. Un Caguamo pálido y tembloroso vigila. Hace como que vigila. De lo más hondo de la inconsciencia el Perro empieza a levantarse. El Caguamo se ha quedado paralítico. Y mudo. Y sordo. Y absolutamente pendejo. Udici...aldel...esta...do...josdesurepinchemad. El Perro está irguiéndose. Perdida la noción del tiempo. Lleno de rabia al darse cuenta que la oportunidad se le va por las heridas. Uada...lu...pe...josde.la.chin. Se ha puesto de pie. Tambaleante en el cumplimiento. Levanta los brazos. El Caguamo lo mira todo en cámara lenta. Y como muy lejos. Lejos. Vir...Gua...chin...gadísima. CRACK. El Revlon. Voló una botella de ron Potosí. Truena

la región occipital del Perro. Se estremece La Montaña. El Pifas aparece con la virgen. Le quita la treinta y ocho al Caguamo atónito. Apunta a la tetilla izquierda del policía. Y perforando la placa oculta bajo el saco BANG. Lo mira un momento. Tira la pistola. Luego recoge la botella de ron Potosí. No se rompió. La limpia. La destapa. Le da un trago muy largo. Se la pasa al Caguamo. El Perro se quedó con los ojos abiertos.

Está fea la bronca dice el Revlon y toma la botella. Silencio. Bebe. La pasa. Silencio. La sangre del Perro comienza a coagularse. La Montaña está triste porque se murió don Pepe.

El Pifas habla despacio. Para asegurarnos de que no haya pedo yo creo que mejor pasamos a la casa de Chucho el cuetero. Y le bajamos un costal de pólvora. Y cuetes. Y todo lo que saque lumbre. Se frota la cara con las manos. Y ora qué quieres hacer. Como ya no tenemos en dónde escondernos pos ya no nos escondemos. Toma un trago. Vamos a ponernos en la plaza de armas. Frente a catedral. Estás loco güey. Qué te pasa Pifas. Por pura seguridad pendejos. Ahí ponemos a la virgen encima de la pólvora. Y nos quedamos a esperar el rescate. Silencio. Tragos. Pensamientos. Si no cumplen con el trato le prendemos los cuetes a la virgen.

Y abandonaron La Montaña. Y también el barrio de san Sebas. El mismo viejo barrio en que nació Lupe Vélez.

Los costales y costales de monedas y billetes están rezando en las bodegas de la basílica. El helicóptero no tiene la menor intención de ponerse a volar.

Hay que conseguir cigarros. Y hartos cerillos. Por si los necesitamos. También latas de sardinas y galletas. Órale si no vamos de día de campo. Es por si hay que esperar güey. O a poco piensas tragar aire. Acuérdese de lo que le enseñaron en la escuela: hombre prevenido nunca es vencido. Así aguantamos hasta que llegue la nave y nos recoja. Luego que nos lleve a otro país. A gastar nuestra lanita. Seguro.

Son las cinco de la tarde. En la calle los niños juegan con sus gritos. Suena lejos un tren. Las campanas de la iglesia no dejan de repicar. Un hombre anda en bicicleta. Una niña en la ventana canta junto a un caracol. Huele a pan. Ruido de carros. Todo parece igual que siempre. Pero no es cierto.

Pásame el costal. Los cuetes y los cerillos. Tú carga los cigarros y la tragazón. La virgen va con el Caguamo que trai las bolsas del pantalón llenas de "palomas" de pólvora. Oye Revlon. Siento como que a la virgen le palpita el corazón. No mames.

Gánese usted un viaje de ida y vuelta. Dice un radio. Con hospedaje y alimentación en el viejo continente. Dice otro radio. Si recuerda de quién es esta famosa frase: "A mí qué chingaos me importa que Beethoven fuera sordo". Dice otro radio. Mientras lo piensa no

lo olvide: seco él y seco usted. Desodorante y antitranspirante *Osart*.

Llegaron y pintaron su raya. Una rueda.

Interrumpimos nuestro concurso para dar una noticia de última hora. Los secuestradores dan la cara. Tres delincuentes. Todos con antecedentes penales. Los maleantes se han instalado en el centro de la ciudad de San Luis Potosí de donde son originarios. San Luis/al norte el río de Santiago:/pútrido./Al sur el río Españita:/seco. Amenazan con dinamitar a la reina de México si sus demandas no son cumplidas. Una gran multitud se ha congregado en torno a ellos. Seguiremos informando.

Atrás de la raya por favor. Atrasito de la raya que hay pólvora. Atrás de la raya. Señora. Apague su veladora. No la chingue.

La televisión del país interrumpe su programación ordinaria. En vivo el cielo muy azul. Patrocina una marca de cigarros. Las torres de la catedral. Y una marca de tequila. El kiosko. Unas pinches palomas. En todas las pantallas el horizonte a todo color.

Vista general de la muchedumbre. Al centro un pequeño círculo. Atrasito de la raya. Por la televisión un costal sucio. La virgen. Dos cajas de galletas saladas. Un manojo de cuetes de vara. Paquetes de cigarros. Latas de sardinas. Un sujeto delgado y moreno fuma sin parar. El Pifas. Clos op al Revlon. Se ve carita. Al Caguamo lo describe el locutor como grande y gordo. Todos mal vestidos. Si

son mis cuates dice el Trompas desde su escondite. Asombrado.

La ciudad se inunda. Ríos de hombres y mujeres. Jóvenes. Ancianos. Niños. Cascadas de seres humanos. Qué Niágara Fols ni qué la chingada. Piernas. Espaldas. Brazos. Zapatos. Pechos. Manos. Camisas. Ombligos. Vergas. Pantalones. Vientres. Rodillas. Chiches. Pegol. Pegajoso. Pegoteado. Sudores nunca vistos. Calores nunca sentidos. Los primeros en caer bajo los pies del aplastamiento son los chaparros y los niños. Los que mueren dolor dolorcísimo. Después negro negrísimo. Luego nada. Nadísima. A veces un grito ronco. No más. Un aplastadero de gente. Cabroncísimo.

Abran paso que viene el cardenal con los obispos. Gordos avanzan entre nubes de incienso. Lentos. Púrpuras y morados. Luego llegan cientos de procesiones. Y camarón que se duerme sirve de alfombra. Compañías. Órdenes. Hermandades. Cofradías. Congregaciones. La del Sagrado Corazón. La del santo Niño de Atocha.

Atrás de la raya. Atrasito de la raya.

Asociaciones. Clubes. Partidos políticos. Logias masónicas. Deportistas. Putas. Estudiantes. Los viejitos del asilo. Vendedores ambulantes. Niños de escuela. Pandillas. Sindicatos. Gremios. Cada contingente con su bandera. Escudos. Estandartes. Banderolas. Mantas. Pancartas. Banderines. Insignias. Distintivos. Azul. Rojo. Amarillo. Verde.

Magenta. Violeta. Ocre. Blanco. Solferino. Gris. Etcétera.

Mudos que hablan. Niñas que menstruan. Paralíticos que andan. Ciegos que ven. Mujeres que alumbran. Sordos que oyen. Estériles que fecundan. Frígidas que se erotizan. Muertos que resucitan no.

Bandas. Conjuntos. Tambores. Maracas. Platillos. Mariachis. Clarines. Orquestas. Violines. Coros. Tríos. Tenores. Guitarras. Bombardas. Tubas y fagotes. El himno nacional. La marcha Zacatecas. Barras y estrellas. Cantos gregorianos. Jesusita en Chihuahua. La Internacional.

Los presos. Los locos. Los obreros. Los radicales. Los cancerosos. Los campesinos. Los sifilíticos. Los leprosos. Los conservadores. Los sonámbulos. Los apolíticos. Los putos. Las lesbianas. Los ateos. Los que se te ocurran.

Miles de gentes saliendo de todos los lugares. De cualquier parte. De ningún lado. De aquí. De allá. De donde se les pega la gana. Como si hasta hoy hubieran estado escondidos. Esperándose. Como va a ocurrir el día de los chingadazos.

Y háganse a un lado que ahí viene el ejército. Un dos. Un dos. Con las botas lustrosas aplastando gente. Un dos. Un dos. Y tanques. Y tanquetas. Y generales. Y capitanes. Y cabos. Aplastando. Un dos. Un dos.

En la distancia ladridos. Todos los perros de la ciudad. Las hormigas asustadas en

sus agujeros. Vuelan los pájaros sin poder detenerse. Las cucarachas en lo oscuro con las antenas quietas. En las azoteas los gatos no dejan de mirar. Tranquilos.

Ay ojete qué desmadre. Cuánta gente. Y cámaras de cine. Y la televisión. Ora sí somos famosos. Tengo miedo. Yo también mi Revlon pero hazte pendejo porque se van a dar cuenta. Prenden un cigarro con la colilla de otro. Mire qué asustado anda el Caguamo. Qué pasó. No tiemble.

Los comerciantes y los hoteleros están felices.

De repente el Caguamo sale corriendo. Derechito a un militar. Perdóneme general. Perdóneme. Ya no lo vuelvo a hacer. Una bala arribita de la nariz fue la respuesta. El Caguamo quiso volverse con sus cuates. La muerte le puso zancadilla. Otros disparos le estallaron las "palomas" que traía en las bolsas. Ya difunto los truenos lo hicieron brincar. Cabrones.

Cada minuto hay más gente. Las carreteras bloqueadas. Un rumor gigantesco. El suelo está espantado. Y las entrevistas. El general. El cardenal. La patria con un rebozo blanco. Los banqueros. Todos opinan. Una delegación de mexicanos residentes en Italia. Acaban de llegar.

Atrasito de la raya. No se empujen que hay pólvora. Carajo que se hagan para atrás. Ai van los cuetes.

La desesperación se va apoderando del Pifas. Ya le ha desesperado los pies. Le ha desesperado las rodillas. Que no se avienten. El estómago. Que se hagan para atrás. Más respeto pa la virgen. Le llega hasta el cuello la desesperación. Suena el mar humano. El Pifas voltea para todos lados. Agarra aire y usa las manos como bocina. Con toda el alma anuncia: si en cinco minutos no llega el helicóptero con el dinero le prendemos los cuetes a la virgen. Oleaje de murmullos. Con una chingada atrás de la raya. Grita el Revlon.

Fuman. Un trueno pone el cielo oscuro. Huele a lluvia. El aire dice agua. Los relámpagos sacan fotografías. En la madre.

No se desespere mi Revlon. Nomás que llegue la lana con el helicóptero nos pelamos. Pos que no se tarde porque la pólvora se va a mojar. Fuman.

Se miran a los ojos. No dejan de fumar. Con sus dedos largos el viento mueve el cabello de la multitud. En cada trueno se acerca la noche. Cargada de lluvia.

De repente en el centro del círculo. En el centro del viento. En el centro del relámpago. En el centro del costal. El tiempo se abre como flor. Maravilla. Asombro. Oh. Es que la virgen comienza a elevarse. Casi mujer. Viva. Llena de hermosura. Buenísima. Flotando con su manto de estrellas. Opacando la luz del relámpago. Serena en su sonrisa la morena. Chula entre las chulas. Federico Pérez y José

de Jesús Martínez se quedan inmóviles. Con el cigarro entre los labios.

La reina de México asciende. Exhala fragancias. Jazmines. Magnolias. Tunas. Garambullos. Hasta el espectador más alejado siente la belleza. Ah.

La multitud postrada. Ruega por nosotros. Crece la devoción. Ruega por nosotros. Nadie se mueve. Ruega por nosotros. Sólo se escucha el coro gigantesco. Refugio de los desamparados. Ruega por nosotros.

Mira a la virgen el Trompas que ha llegado a la plaza. Pinche vieja. No los dejes. Y en una esquina anónima se lleva el rifle a la cara. Ruega por nosotros. Una lágrima azul se le rueda. Por sus cuates. Ruega por nosotros. Magnífica la virgen sube. Ruega por nosotros. Llena de luz. Como virgen. Ruega por nosotros. Pero antes de llegar al cielo: PUM. La revienta una munición. El Trompas.

Luego empieza a llover.

1976

El rapto

Son las dos de la mañana. Lo mero negro de la noche. La luna se ha ido a dormir aburrida de los grillos. Está oscuro pues.

Los ruidos nocturnos son el silencio en que Arturo enfebrece. Las nalgas de Camelia son una calabaza prodigiosa. Un pequeño demonio dibuja imágenes frente a la nariz del enfebrecido. Camelia caminando. Camelia en el baño. Camelia abrazándolo. Camelia desnuda. Es hermoso el color del deseo. Arturo sin darse cuenta dice en voz alta Camelia Camelia Camelia. Y se aprieta los güevos. Y fantasías con los muslos. Y las rodillas. Y los tobillos. Y los pies. Y las prendas colgadas en el tendedero. El brassier. Las medias. La fiebre. La que comienza en la punta y por el pene inunda al Artus. Le recorre el vientre. De ahí al esófago. A la laringe. A la boca: *Mamacita, mi reina.* A la corteza cerebral. A los cabellos la fiebre. Luego baja por los ojos. A los oídos. A la nariz. La fiebre a la lengua. De ahí a la saliva. Al sudor. A la sangre. Al escroto. Al prepucio. Y se repite el

círculo vicioso que tiene con ojeras al Arturín. De codos en la ventana de su cuarto de arriba. Desesperado. Ardiendo. Caliente por más frío que haga. Y hace frío porque la luz en los postes de la calle se está congelando.

Sin pensarlo mucho Arturo se quitó los zapatos y brincó a la azotea. Un escalofrío le invadió el cuerpo desde las plantas de los pies. Está heladísimo el cemento. Camina en silencio atragantándose con la respiración. El corazón a mil por hora le agita la camisa. Así anduvo por los techos. Entre el cañaveral de antenas. Pasando por el mundo de los gatos.

La oscuridad era sólida. Los ojos no servían de nada. Pero Arturo pensó: así está mejor. Nadie me verá. Y al pasar de una barda a otra. Chíngale que se corta. Los trozos de botella que pegan con mezcla en la orilla de las bardas como defensa contra los maleantes cumplieron su misión. Le cortaron los pies con todo y calcetines. A ver si no me dan tétanos pensó el Artus. Y siguió caminando con dificultad hasta descubrir el patio de la casa de Camelia. Un conjunto de grillos con maracas y violines canturreaba: Llegó el príncipe al feudo / donde vive su amada / presa de un vil dragón.

Artur se frota las manos y calcula el descenso. Eran como cuatro metros. Frente a él se aparece un recuerdo: "Mira muchachito, no me gusta la forma en que miras a mi hija. La vista es muy natural capitán. Si te vuelvo a sorprender mirándola te mato". Dejara de ser militar el

hijo de la chingada dijo Fiebres en voz alta. El recuerdo se fue.

Pinches gatos. Qué me ven ojetes. Luego empezó a descolgarse. Sostenido en los brazos. Temblando busca apoyo con los pies. Se balancea. Los calcetines ensangrentados escriben sobre la pared. Signos que nada más los gatos entienden.

Las ganas por Camelia vencen al terror y Arturo se dejó caer. Apretando los dientes. Con los ojos cerrados. De talones. El patio se sacude. Qué madrazo se puso.

Se queda mucho tiempo petrificado. Queriendo apagar el ruido de la caída con su inmovilidad. Pasó el tiempo volando. También una estrella fugaz que Arturo no vio.

Tiene miedo de moverse. De cara frente a la pared trata de mirar hacia atrás con el rabillo del ojo. No se atreve a voltear. Sólo al conjuro de las nalgas de Camelia empieza a girar. Muy despacio. Deseando hacerse chiquito. Da un paso. Y otro. Un gigantesco nudo en la garganta lo inclina hacia adelante. Le arden los pies. Pobre cuate me cai le dice un gato viejo a su querida.

Arturo se detiene. Comienza a erguirse poco a poco. Respira hondo. Suelta todo el aire. Luego levanta la cara. Mira al cielo. Tan lejos. Tan bonito. Tan ajeno que deja de mirarlo. Para qué me saldría de mi cuarto. Si me descubre el capitán el pedo que se me arma. Qué me ven pinches gatos.

Ahora se da cuenta que está a punto de

orinarse. Grandísimas las ganas. El frío. El miedo. En fin ya no se aguanta. Así que se baja el cierre. Quiere orinar con suavidad pero no puede. Le sale impetuoso el chorro. El sonido que produce al chocar contra el piso se agiganta en la oscuridad y se estremece la ropa de Camelia que había estado muy quieta en el tendedero. Con esfuerzo doloroso Arturo detiene la orinada. Hace un gesto y se sube el cierre. Se le cuadruplican las ganas. Cruza la pierna. La noche está muy quieta. En un rincón las cucarachas mueven sus antenas.

Ni pedo. Me hago en el pantalón. Primero tímidamente. Luego casi le gusta el calorcito que le resbala en la entrepierna. Pinches gatos.

Mientras los orines se le enfrían Artus piensa en su papá. Y el desmadre que se armaría si llegan a saber en las que anda. Ni modo de decir que soy sonámbulo. Nadie me creería. Y luego todo miado.

Artur sintió húmedos los pies. Pensó que serían los orines. Pero no. Era la sangre de las cortadas. En la madre. Estoy manchando todo el piso. Los mosaicos pálidos de la casa del capitán están llenos de huellas oscuras. Qué gacho se va a ver cuando salga el sol.

Arturo quiere salir pero se detiene al darse cuenta que la barda es muy alta. Los ojos de los gatos no dejan de mirar. El viento tirita. Los calzones de Camelia tiemblan desde el tendedero. Suavecitos con olanes de tul.

Artur decide esperar. Se calma un poco. Comienza a caminar rumbo a las prendas. Se detiene. No. Dice moviendo la cabeza. Si se dan cuenta la quemadota que me voy a dar. Y lo que van a decir los cuates de la escuela. Chin. Para qué me bajaría. Camelia. Camelia. Cameliota. Sirenas rosadas cantan desde el tendedero.

Sin sentirlo Fiebres ha llegado hasta la ropa temblorosa de la mujer amada. El círculo vicioso que lo tiene con ojeras comienza a girar. Traslación y rotación de cachonderías. Arturo levanta el brazo y con un gesto tiernísimo toca los olanes. Se incendia y alumbra el patio. Amanece por un instante en la casa del capitán. Desde el sótano de las entrañas al Artur le brota la pasión. Se viene. Los espermatozoides se suicidan. Gritan con sus vocecitas Camelia Camelia. Lluvia de estrellas fugaces. En el cielo y en la tierra.

El canto de un gallo despierta al amante. Fiebres suelta los olanes. Se vuelve hacia la barda. Juega carreras con los latidos del corazón. Tiembla el galán. Los calzones susurran desde el tendedero. Arturo no los oye. Los gatos sí.

Artur comienza a sudar. Pero un chingo. Ora cómo me salgo. La pregunta le circula por las venas. Y lo enfría. Los ojos desesperados buscan la salida. Y las manos. Y los pies. Y todo el cuerpo quiere irse. Qué me ven pinches gatos. Busca por todo el patio. Con una rapidez desconocida descubre un cajón. Y unas macetas con

flores. Acerca los objetos y empieza a improvisar una escalera. Primero el cajón. Luego una maceta. Y la otra. Aplastando las flores Arturo comienza a subir. Y cuando ya casi salía aparece la fatalidad. Con su vestido gris entra en silencio. De un puñetazo rompe el cajón.

Un cuerpo se desploma. Se rompe la noche. Se rompen las macetas. Me rompí la madre.

En el patio de Camelia todo se detiene. El tiempo deja de mover las alas. Parece que por un instante todo desapareciera para luego aparecer de golpe. Artus quiere correr pero su cuerpo olvidó los movimientos en la caída. Los gatos observan impasibles.

Con el ruido de la fatalidad contra el cajón el sueño del capitán se asusta. Entonces el viejo salta de la cama. Fusil en mano. Sin vestirse. Con la gordura al aire. Camelia ni se ha enterado. Ronca hecha nudo. Las manos entre las piernas.

Se prenden las luces. La noche huye aterrada. Tengo que irme. Tengo que irme. Repite Arturo sin poder moverse. El capitán grita: un ratero. Un ratero repiten las paredes. Tengo que irme. Un disparo. La pupila de los gatos se contrae. Tengo que irme. Otro disparo. Se sacuden los olanes del calzón. Otro disparo. Mi mamá. Los cuates. Sabor a plomo en la saliva. Camelia.

dos

Dicen que fue una monja
la que inventó el alambre
de púas.

James Joyce

Carta del soldado Rodrigo Morales al muy estimado señor don Roque de Guzmán en la que se da relación de una representación teatral y otras cosas que tienen que ver con la misma

Ilustre amigo don Roque:

Estando yo viviendo quieta y pacíficamente en estas tierras del Señor, puedo darle relación de una cosa harto buena que aconteció, referencias sobre las grandes obras de teatro que por acá suceden, y que tan gratos y virtuosos resultados provocan para la mayor gloria de España, y que son cosa notable por estos lugares.

En esta ciudad de México, capital de la Nueva España, a los diez días del mes de agosto de mil y quinientos y sesenta y cuatro, se dramatizó la muy importante obra del ilustre poeta y dramaturgo español don Fernán Martínez de Alcalá, que se titula *Del santo sacramento del bautismo*, misma que fue representada en una memorable tarde. Obra de suma importancia, hablada en mexicano y actuada por los mismos indígenas ya convertidos a la fe, todos personas propias para tan grande contingencia.

Desde horas tempranas el atrio de la iglesia de santa María de todos los santos, casa de los religiosos franciscanos, apareció repleta

de una muy numerosa y devota concurrencia de naturales atraídos por la curiosidad de la dicha representación. En el patio, el tablado fue puesto por orden de los religiosos y los indios usando sus talentos, adornáronlo con muchísimos arreglos, y arcos llenos de paxtle, y flores, y frutos varios, y aves y conejos, todo con gran colorido y multitud de cosas que encantaban a la vista. Era el tablado tan bien puesto que parecía paraíso en la tierra, cosa santa que seguramente ayudará a desterrar los bailes que provocan, y otros muchos divertimentos perjudiciales.

Harto regocijo había cuando inicióse la gran obra de don Fernán Martínez de Alcalá, que es natural de Henares pero avecindado acá, y el cual por su virtud y buenas prendas es uno de los principales cristianos de la Nueva España. El reverendo fraile don Luis de Azúa fue presentando entre música de tambores varios y flautas, a todos los personajes del drama que mostrábanse muy bien disfrazados, así fueron apareciendo Santa Madre Iglesia, el Diablo, y un cojo, un ciego y un manco.

Santa Madre Iglesia, amigo Roque, era un indiezuela de las más hermosas y de mejor rostro de todas, una montaña de carnes morenas y macizas, hartísimo bella en su gigantura armoniosa, con los pechos pequeños y maduros que como mameyes se me figuraban y unas caderas amplias y redondas que provocaban ensoñaciones.

Os digo todo esto porque yo la vide en cueros, rico tesoro, continuo milagro, cuando era ataviada con finas telas de colores diversos y muy costosas, y adornos varios que la hacían parecer asombrosa imagen, casi más bella que las propias vírgenes de nuestros templos. Tanto se me antojó la heroica hechura de la mentada india, que por nada y la arrebato de las manos de los frailes, cosa que no hice sólo por el amor y la veneración que conviene guarde por nuestra iglesia.

El diablo era un grande y torvo indio que fue vestido hasta parecer igual que un ídolo, muy parecido como a los que en estas tierras acostumbran sacrílegamente invocar.

Los contrahechos eran tres indígenas, todos acróbatas diestros, dos de ellos apóstatas reconciliados, vestidos al natural con ropetas largas de sayal sembradas de conchas, plumas, calabazas secas y pequeñas, y con bordones.

La indiada llena de interés y en sosiego miraba encantada con el artificio aquel del tablado. Salieron primero los tres enfermos que personificaban al pueblo, haciendo graciosos dengues y mil piruetas y fandangos, mitotes que hacían reír a todos hasta casi verter el propio llanto. En su primitiva lengua contaban sus desventuras haciéndose gran burla de sus males, y estando en esto, por entre el ruido de diversos tambores y aullidos muy feroces y un bramadero que casi hacía paralizar los corazones, apareció el diablo, uno muy igual a ídolo

de estos lugares, cargando una vasija ancha y llena de pulque.

El pulque, estimado don Roque, es una bebida fermentada que con hierbas de esta tierra hacen para mucho embriagarse, Belcebú ofrecíala a los tres que eran el pueblo y ya luego embrutecidos los viciosos, entre sonidos horrísonos y largos que hacían unas trompetas retorcidas, cometían cosas de mucha diablura. Al momento llegaba Santa Madre Iglesia, gloriosa y original, volando sacaba del viento hermosuras, colgada de finos cordeles en un mecanismo de carruchas y poleas, maniobrado por indios que hacían que pareciese que la indígena flotaba. Luego la esclarecida heroína se aposentó en un majestuoso trono adornado con riquezas indecibles, cosa de no creer amigo.

Encontrándome yo detrás del tablado aquel, divisé por abajo del vestido la cosa de la mujer, harto velluda y bombacha ilustre don Roque, y os juro que mi antojo fue tan grande que los sentidos tupiéronseme de fiebre, y como el viento hube de salir a desahogarme con la primera mujer que encontré.

Retornando al atrio, ya más tranquilo luego de fugaz fornicio, pude mirar que los presentes seguían azorados por las palabras de la bella india que hacía de Madre Iglesia, misma que en métricas voces explicaba y ponía en claro lo de curar los males asistiendo a recibir el bautismo, naturalmente al escuchar tan noble ofrecimiento, los lisiados dejaban de

emborracharse y en medio de exagerados tropezones querían acercarse a la india. En ese trance el ídolo atacábales impidiendo el paso, entonces riñeron con grandes aspavientos y ya luego que al fin lo tiraron pusiéronse a los pies de Madre Iglesia, ahí se dejó oír una música muy sosegada y ella con gran arte los bautizó, dejándoles caer agua de colores fulgentes encima de las cabezas, y haciendo como los monjes cuando cristianizan.

Los baldados sanaron al momento, el cojo bailó, el ciego pudo ver y al manco le salieron brazos, todo en milagroso jolgorio. Ya luego el diablo tan desbaratado por la refriega como había quedado, fue puesto en carrera por los tres conversos, todo ello entre los gritos alborozados de la indiada que golpeaba el suelo con los pies colmada de júbilo y regocijo.

Una vez concluida la muy importante representación, salió de nueva cuenta fray Luis de Azúa, quien con grandes voces púsose a convidar a la concurrencia para que recibiese el santo sacramento del bautismo. Y fue grande el tumulto y generoso el festejo, y se gastó muy grande cantidad de agua bendita.

Tan magnífica fue la fama del suceso que habrá de repetirse tal comedia para que también sea vista por los señores capitanes y los superiores de la orden, y los presidentes y oidores de la audiencia real de la Nueva España.

Todo fue de felicísimos resultados, aun-

que yo vide que este entremés llamado *Del santo sacramento del bautismo*, a varios indios no les hizo buen estómago y molestos se apartaron de la fila de los bautizantes, y pusiéronse a hablar entre ellos cosas violentas y en su lengua.

Ay amigo Roque, Dios quiera que pronto se me conceda la gracia de...

1982

Los ingratos problemas de la santidad

Que no vayan a hacer nada malo antes de comulgar, pasa gritando un niño descalzo por entre los callejones empedrados. Que no vayan a hacer nada malo, muchas voces saliendo de un pozo repiten la sentencia. Se va huyendo el muchachito, perdiéndose en su propia voz multiplicada por el viento y las paredes, y tantas cosas de la infancia.

"Los condenados" / La carne convertida / en imperecedera brasa, / chicharrón constante, / ardor horrible para siempre. / El pecador asándose / cada segundo, / cada minuto, / cada hora, / cada día, / cada semana,/ cada mes, / cada año, / cada lustro, / cada siglo, / cada milenio. / Lumbre dolorosa / por toda la eternidad.

Algunas veces la noche es Lucifer jalándole los pies a Faustinito, el viento es la voz del príncipe de las tinieblas y las hojas frotándose en los árboles lamentos de condenados.

Faustino toma la veladora y tembloroso comienza a buscar su escapulario. Mi escapula-

rio, se me ha de haber caído cuando me bañé. Un sobresalto lo ha despertado al sentirse sin su amuleto; falto de escapulario es un combatiente medieval sin armadura. Virgen del Carmen dónde lo puse. Lleno de ansiedad busca el cuadrito de tela carmelitana que significa el buque para el náufrago. Virgencita ayúdame a encontrar mi escapulario. El miedo es una gaviota y en alguna sacristía la virgen del Carmen se recoge con la lengua una lágrima.

Los que aprendieron mejor todos los rezos van a hacer su primera comunión, ¿eh? Recuerden que la harán este diez de mayo. Su primera comunión. Recuerden, el día de la madre. Recuerden que la hostia no se puede masticar. Recuerden que su mamá se va a sentir muy feliz de que sean buenos niños. Recuerden, hay que esperar a que se desbarate sobre la lengua. Recuerden que un niño la masticó y se fue al infierno. Y Faustino nada más parpadeaba.

Toda de negro por dentro y por fuera, negro el estómago y los pulmones, negra la ropa interior, negra toda la anciana que adoctrina, aparece renqueando y se convierte en una voz opaca y llena de sombras. Voy a contarles la historia del zapatero borracho y su hijo. Habla y acomoda sus negros huesos sobre la madera de la banca. Una tarde llegó el niño a su casa y le dijo muy contento a su papá, mira la hostia que me dio la monja para que aprenda a comulgar. Al escuchar a su hijo el zapatero

enfurecido grita, ya te he dicho que no quiero que vayas a la iglesia, dame acá eso. La vieja en esta parte acelera la respiración del cuento. Mira lo que hago con tu hostia, muchacho imbécil. Los ojos secos de la viejecilla se clavan en Faustino que escucha asombrado y reventándose de tristeza. Le arrebató la santísima hostia con su manaza llena de betún, y con la navaja de cortar suelas, el impío la clavó en la pared. La hostia contra un calendario donde sonríe una mujer rubia, en traje de baño y con la pierna cruzada. En esta parte de la historia la voz de la anciana es una víbora parda y suave, acentos que cosquillean con su lanceta en los oídos de los niños. Faustino lagrimea, su tórax se estremece. Todo el grupo de pequeños escuchas padece a fondo la tétrica conseja, más que oírla la viven, la están viendo. Y entonces de la hostia acuchillada brotó sangre, milagrosas gotas. Todos los ojos se agrandan frente al dibujo que la divina sangre deja en la pared de la zapatería. La vieja es una encantadora que se limpia la saliva con el dorso de su mano arrugada.

Pincheputobofocabrónojetejodidopendejo dice un niño alardeando frente al azoro de Faustinito que se queda inmóvil, con sus juguetes en la mano, sin respirar. Nunca seré como él, piensa.

Ándale, no seas malo, métemelo otro ratito. Ya, ahora le toca a tu hermanita. La otra niña se quita los calzones y se inclina con inge-

nuidad, como si fuera a jugar, apoyando las manos en una sillita, sonriendo mientras aguarda. El pequeño trasero es un durazno que le abre su sabor a Faustinito. En este cuento el niño cree que sólo se la puede meter por atrás. Él, con un *pito* grande como el de su tío, entra y sale de la frutita de las niñas vestidas de blanco. Él con un traje azul marino y una corbata como mariposa, es el gallo con las gallinas en el corral del edén. Bueno, amiguitas, adiós, tengo que ir a comulgar. No te vayas, lo detienen, no te vayas; lo empiezan a jalar. Faustino, despierta, lo llama su madre. Niño, ya es hora. La mariposa corbata se va volando. Despierta, se te hace tarde. Ese día de la madre Faustino se despertó con el miembro rígido, ahora no podría hacer su primera comunión.

Entre vapores, mientras revuelve su comida en un gran caldero sucio del que salen gritos de niños de ocho años, un diablo grande, dos metros, color sangre de toro, medio viejón, caliente caliente, canturrea despacio con voz cavernosa: No vayan a tener malos pensamientos antes de comulgar.

La madre lo vistió con rapidez, la ropa nueva lo puso de gala. Ándele mi hijo, váyase a comulgar, el mejor regalo que me puede hacer en este día; y un beso lo aventó al infierno.

Rumbo a la iglesia, el corazón de Faustino se ha herido al golpearse contra las costillas. Llega el pequeño corriendo hasta la sacristía, la parte más oscura de la casa de

Dios, ahí los confesionarios son pequeñas cuevas por donde asoma el perdón o la condena. El ansia de aptitud para la santitud perdida en el malvado sueño de la noche anterior le pesa inmensamente. Ya se oyen los pasos de la misa de ocho, la temida misa de la comunión.

Qué se te ofrece niño. Vengo a confesarme, padre. Arrodillado, lívido, a punto de llorar. Lentamente el hombre acomoda su cuerpo inmenso cerca del niño. Cuánto hace que te confesaste. De miedo, al pequeño la lengua se le hace bola, el silencio lo aprieta por el cuello. Ayer, difícilmente logra decirlo, ayer. Ayer, replica el cura. Sí, ayer. Quítate de aquí, esto no es un juego, y se levanta fastidiado el párroco. El niño se hunde, un terror sólido le golpea el estómago, Faustino se desploma dentro de sí mismo, se empequeñece y se resbala por su inmensa tráquea pecadora. Padre, lo llama con los ojos grandes por el miedo. Padre, pero el hombre se aleja con sus pestilencias particulares, los pedos entre los pliegues de la sotana, la saliva truculenta. Faustino se petrifica junto a la cueva de madera. Desde el techo de la sacristía un murciélago se balancea cabeza abajo como diciendo no. Padre, padre, voy a irme al infierno, pensó decirle al cura gigantesco que se alejaba.

Enmudecido, Faustinito en silencio decidió ir a comulgar, era el día de la madre, no iba a disgustar a su mamá en tal ocasión. Cuando me ponga la hostia en la boca no me la paso, la

guardo en una caja de cerillos y me la como hasta que vuelva a confesarme.

Mientras desde el altar las velas parpadean, la delgada blancura del mentado cuerpo de Cristo es una isla inverosímil que se desintegra sobre la lengua aterrorizada de Faustinito.

1981

El muy mentado curso

En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, atrasito de la raya que voy a empezar a trabajar porque a eso he venido a esta tierra. Mire usted, joven, mire usted, señora, señor, niños que me escuchan, señorita, voy a hacerle una pregunta, le gustaría ir al cielo, a la mansión de la gloria, a la vida eterna, a la casa de dios, pues nada más fácil, nada más sencillo, si quiere usted llegar al reino de los cielos sólo fíjese bien en lo que voy a decirle, y aunque ya lo dijo el gran Platón se lo voy a repetir: "Si quieres llegar al cielo, hay que ser puro y morir". Sí señor, sí señorita, tiene uno que morirse puro, y usted me preguntará, "diablo de viejo panzón, y cómo voy a hacerle para morir pura". Despreocúpate mujer, despreocúpese joven, para eso he venido yo, para espantar las tinieblas, traer la luz, explicar el camino de la salvación; yo te lo diré hermanito. Para alcanzar la pureza sólo hay dos caminos, únicamente dos, o la inocencia o la penitencia. Ni uno más, o somos inocentes o hacemos penitencia.

Entiéndelo bien y sabrás que no te miento, señor, señora, mi boca no conoce la mentira. Si usted quiere alcanzar el cielo, la vida angelical, la patria bienaventurada, la Jerusalén celestial, o hay que ser inocentes, o hay que hacer penitencia, usted dirá. Y abuelito, en estos años quién es inocente, quién con toda honradez, podrá lanzar la primera piedra. Nadie, señorita, nadie, pues quién en este mundo está libre de culpa, quién será limpio, quién es inocente; nadie. La inocencia es difícil, hermano, mírame a los ojos y verás que no te miento, es complicada la inocencia, por eso, abuelita, ese camino mejor lo clausuramos. Yo recomiendo entonces lo que ya los padres de la iglesia han recomendado, la penitencia. Ese es el buen camino en este mundo tan lleno de tentaciones. Señorita, señora, para eso he venido, para hablar del camino de la penitencia, del perdón de las faltas cometidas, de la satisfacción plena a la justicia divina en esta tierra. Y óyelo bien, pequeña, pues el que muere impuro se achicharra en los infiernos para siempre. Verdad que es cierto lo que digo abuelito, por toda la eternidad. Y tú sabes lo que es la eternidad, hermano, siglos y siglos sin fin, porque la eternidad no termina nunca, nunca, podrá acabarse el mundo y los planetas pero la eternidad continuará; es terrible el castigo del que se condena. Hágame caso, joven, es mejor disfrutar en el cielo, en ese hermoso lugar que según la sagrada escritura y el santo símbolo de Nícea se encuentra más allá del firmamen-

to en que se mueven los astros. Lejos, ¿eh?, pero para el alma pura no hay camino largo. Y para eso estoy aquí, para explicar cómo se llega al lugar donde dice el profeta Isaías capítulo cincuenta y nueve versículo diez: "No hay hambre, ni sed, ni calor, ni fatiga". Qué le parece, cómo la ve, señorita, le conviene o no. En ese santo lugar, encendido en la divina caridad nuestro corazón se unirá para siempre a la soberana hermosura. En verdad te digo, hermanito, dios nos hizo para que luego de esta vida fuéramos a gozarla con él allá en los cielos. Verdad, pequeño, si hasta el niño lo entiende y el ignorante lo comprende. Sí, mis queridos hermanos, hay que hacer penitencia, vale la pena. Yo voy a decirle cómo hacerla, pero no se amontonen que para todos hay. Yo se lo voy a explicar, yo se lo voy a decir, a usted yo le voy a enseñar lo que es la penitencia. Todo lo que necesito es su atención, es lo único que le pido, lo único que le exijo, lo único que quiero. Si usted me brinda su atención, yo se lo voy a mostrar, ni por el purgatorio tendrá usted que pasar, se lo garantizo. Yo le voy a decir, yo le voy a explicar pues dios entregó a los mortales las cinco maneras de hacer penitencia. Así yo le diré que la primera forma es la oración. Recuérdalo pequeño, la oración, pues si lo hacemos bien a través de la oración le hablamos a dios y él nos escucha. Ahora que si tiene dudas de si habrá rezado bien o mal, no se preocupe, podemos recurrir a la segunda manera de hacer penitencia, es decir a la limosna, sí,

pues la limosna, ya lo dicen los santos doctores, es una de las principales vías para el perdón. Si usted quiere saber cómo salvar el alma, yo se lo digo, en mi pecho no habita el egoísmo. La tercera manera de llegar a la pureza es nada menos que la mortificación, permítame explicarle, hermana, obra de mortificación es el dolor, el carnal sufrimiento, el latigazo en la espalda, la áspera soga en la cintura, el trabajo agobiante. Obra de mortificación es sacrificio y por ella aprendemos que no somos nada; así pues lo único que debe preocuparnos es agradar a dios. Tú me dirás con toda razón: "mugre viejo panza de músico, y cómo voy a saber si agrado a dios". Y yo te respondo sin engaño hermanita, es difícil saberlo, muy difícil, sólo después de la muerte se puede saber. Pero no se preocupe señora, no se apesadumbre, que para asegurarnos de agradar a dios yo le voy a explicar la cuarta manera de hacer penitencia. La cuarta forma de acercarse a la pureza y por lo mismo al cielo yo se la voy a decir, y sin cobrarle nada, pues la palabra de dios no se vende ni se fía, se regala, así como la nube nos da el agua y los pájaros sus trinos, sí mujer. La cuarta manera de ir ganando el cielo se logra con las pruebas cristianamente soportadas, es decir aquellas que se aceptan con resignación, con gusto. Si padeces hambre, si sufres, si eres pobre, alégrate hermano, alégrate mujer que no es un mal, es dios que te está probando. Es el señor que te quiere para el cielo, la divina providencia que se fija en ti. Y ay del que dude,

ay del que desconfíe, quien no acepte el verbo santo pierde el alma y se casa con el mal. Ojo con el descreído, cuidado con el malvado, que nadie llame falsa a la palabra divina. Huyamos del que niega la buena ventura, cuidémonos del infiel, del apóstata, del hereje, del excomulgado. Ellos son el diablo que la anda tentando, señora, son los emisarios de Luzbel, los que lo pican con el trinche, joven, los que se llevan a la gente a los infiernos, en fin, los que ayudan al Malo a llenar de pecadores el Caso Mocho. Y usted me dirá, mujer: "Diantre de viejo panzón, viejo barrigón, si yo me bauticé, si yo me confirmé, si comulgo los viernes primeros, si voy a misa los días de guardar. Míreme el escapulario, cómo cree que voy a hacerle caso a los herejes". Y yo te digo, hermana, está bien, es muy bueno lo que tú haces, pero es mi santo deber recordarle siempre a todos que el Príncipe de las Tinieblas, la Cosa Mala, se vale siempre del incrédulo para robarle almas al señor, el Chamuco espera siempre a los que mueren en pecado para refundirlos en el hoyo de la lumbre, en el gran lago de la cólera de dios como nombran las sagradas escrituras al infierno, esa temible laguna de aceite hirviendo, el azufre adonde van a cocerse los infieles, y que se encuentra, joven, precisamente abajo de sus pies, pues dicen los santos libros que así como el señor subió a los cielos así Lucifer bajó a los infiernos y cierto es que hay un infierno pues la fe lo proclama y la iglesia lo asegura. Por eso yo vengo a hablar de la luz

pero también del blasfemo. Aléjense de ellos que su mal es contagioso. Desconfíen del ateo que es siempre gente impía y de mal vivir, y por lo mismo muy interesado en que no exista el infierno. Por eso que no le digan, que no le cuenten, y acuérdese de lo que dijo dios al mal cristiano, san Mateo, capítulo veinticinco versículo cuarenta y uno: "Id maldito al fuego eterno". Y eso está feo señorita, por eso hay que tener cuidado con el maldito animal, pues ése no se come a los niños, ése los hace, así que cierre usted su corazón a toda tentación y no olvide que el que se condena se aparta de la gracia para siempre. Yo voy a repetirle, hermano, aquello que decía san Agustín: "El que tiempo no tiene de pensar en lo eterno, tiempo tendrá en la eternidad para arrepentirse de ello". Por eso, mujer, más vale prevenir que lamentar, porque y con todo respeto, el que se condena se chinga, y es que allá en los infiernos, pequeñita, el condenado sí que sufre, pues padece dos penas, dos, la pena de daño que quiere decir que ya con ese dios ni al baño porque hasta el jabón le pierde, y la pena de sentido, o sea la pena universal de la violencia inconcebible y la continuidad desesperante del fuego eterno que nunca jamás disminuye en su intensidad, y que el señor nos coja confesados abuelita. Sí hermano, no pongas en saco roto lo que yo te digo, esto te conviene, esto te ayuda, y para esto he sido enviado, para mostrar la verdad, para enseñar la salvación. Ya san Mateo, capítulo veinti-

dós versículo trece nos advierte: "A donde va el pecador no hay sino llanto y crujir de dientes". Así que aliviánese joven porque se lo pican las hormigas. Y como dios me ordena recorrer otros lugares voy a dejar de trabajar, señora o señorita, paso a retirarme, yo no quiero que nadie me diga: "Ya no nos quite el tiempo, viejo gordinflón". Y como no deseo causar estropicio ninguno ahora me despido, no sin antes explicar la quinta manera de alcanzar el cielo, la más importante, la más segura, voy a hablarle mujer, de la indulgencia. Ah la indulgencia, la que condona la culpa, borra el pecado, salva del infierno, limpia el alma y la lleva al edén. La indulgencia, hermano, le asegura a usted la vida eterna, pues la indulgencia es garantía de salvación, es pase a la gloria, es boleto al cielo, y mire si no joven, cuando el propio Jesucristo dio a la iglesia el poder de la indulgencia al decirle al apóstol san Pedro: "Lo que en la tierra desatáreis, será en el cielo desatado". Y por si alguna duda le queda, buen hombre, el Concilio de Trento fulminó anatema contra todo el que dudara del poder de la indulgencia. Bien hermanos, como voy a pasar a retirarme, si alguno de ustedes desea la vida eterna sólo tiene que solicitar sus indulgencias levantando la mano, y olvídese del dinero que cualquiera las puede pagar, traigo de varios precios. ¿Alguien las necesita?

1981

Hombres de poca fe

Toque y rol. La playa se puso a cambiar de tonos en cámara lenta, se podía mirar el final de un color y el nacimiento de otro, mientras, el humo de la bacha detenía una imagen en la retina del Gato, nada más en su ojo izquierdo. El choque de un último rayo de sol sobre la punta de una ola que ya quién sabe por dónde andaría, se detuvo en la niña del Gato.

Arriba una gaviota espanta el aire con sus gritos, Fitos no la oyó distraído como estaba mirando al sol que se metía en el mar con un quejido sordo, muy lento, hasta que se iba todo y el agua se volvía púrpura.

Andrés ya lleva rato con la barbilla apoyada en el pecho y los ojos inmóviles, así estuvo hasta que descubrió que la playa estaba hecha de millones de esferas pequeñísimas disfrazadas de arena, friccionándose, chocando. Al sentirlas invadiendo su cuerpo se levantó a quitárselas con grandes aspavientos. Qué te pasa carnal. Estas bolas que no me dejan en paz. Pos córtatelas dijo el Fitos y le dio tanta risa que se orinó

sentado. No hay bronca, pensó. Al rato iba a meterse al mar.

La tarde se ponía cada vez más oscura, Andrés, Fitos y el Gato permanecieron silenciosos entre el ruido de las olas, anocheciéndose en cada fumada, escuchando voces de sirenas, llantos de náufragos, sonidos fantasmas de brisa en brisa, ruidos de barcos que encallaron y sabe cuántas cosas más.

El Gato se perdió en el horizonte alucinando que el mar era el cielo y el cielo un mar cabeza abajo, una fantástica visión de toneladas de agua sobre el mundo. Después empezó a mirar entre la lejanía, como saliendo milagrosamente del mar de nubes, un barco de madera todo viejo y lamoso. Según el Gato el barco navegaba desde cuando los romanos.

Por la destrozada popa vio aparecer un marinero de cabellos largos y barbas rubias, igualito a Jesús de Galilea, es más, podía jurar que era el propio Jesucristo que lo llamaba: Gato, Gato.

Cuando ya se levantaba siguiendo el llamado del Señor, se dio cuenta que en el mar no había nada. Tal vez el viento se lo llevó, dijo en voz alta el Gato, o serían mis pecados. Se quedó inmóvil, aturdido, mirando el agua que no dejaba de moverse nunca.

El tiempo sobre el mar va y viene, pareciera que se queda quieto en la orilla de la playa, pero se arrepiente y vuelve olas adentro, así por siempre en esa duda frente a la quietud, sin

decidirse nunca, sin cansarse. Saliendo de un sueño el Gato voltea hacia Andrés y el Fitos. Ahí les va una onda carnales, les dice.

No lo escucharon, Andrés pensaba en los tiburones que se alimentan con carne humana, le parecía haber visto una picuda aleta saliendo del agua. Quiso gritar: un tiburón. Pero sin darse cuenta lo gritó en silencio, sólo para sí mismo. Un tiburón.

Fitos aguantaba las ganas de huir, de alejarse, de salir corriendo, no fuera a ser que llegara, no fuera a ser, una ola gigante y lo arrastrara a las profundidades. Pero se controlaba y no se movía; para educar al espíritu, pensaba.

Ahí les va una onda, insistió el Gato con la voz más fuerte, pero tampoco lo escucharon. Esta vez se puso serio, mas como en eso apareció un pequeño cangrejo el Gato olvidó a sus compañeros y se puso a mirar al animalito.

Con la destreza de mil años de oficio, el cangrejo sacudía con sus patas la arena, al sentirse mirado se quedó inmóvil, suspendido en la huida. El Gato dándose cuenta que el cangrejo se quedaba decidió hablar con él.

Fíjate carnalito que una vez el maestro Jesús andaba caminando en un lago, por sobre el agua, fíjate nomás, y san Pedro al verlo le dijo: Maestro, dime que vaya contigo, pero caminando encima del agua, como tú. Y entonces el Señor le dijo: ven.

El Gato alargó un brazo hacia el cangrejo y no se movió; pareciera que la historia le ha inte-

resado. El apóstol Pedro obedeció y también pudo caminar sobre las aguas, pero luego dudó y que le entra la paranoia y que se empieza a hundir. Entonces el Maestro se acercó a salvarlo mientras decía: hombre de poca fe. La mano iba avanzando y cuando quiso capturar al pequeño cangrejo, este rápidamente se ocultó en la arena. El Gato inmóvil se puso silencioso como una piedra.

Carnal, no te azotes, le dijo Andrés al mirarlo tan quieto. Yo si te agarré la onda esa que tiraste, y le pasó un toque recién prendido.

Luego de fumar los tres se quedaron callados, como si hubieran olvidado las palabras o estuvieran tratando de encontrarlas entre los ruidos del aire. Las olas no acababan nunca de llegar; es la respiración del mar, pensó el cangrejo.

Ya en el cielo han aparecido las estrellas, temblorosas por el miedo de andar tan arriba; no fueran a caerse. El agua es un espejo que las multiplica, de a estrella por ola, échale cuenta.

El anochecer ennegreció las figuras sentadas en la arena, y aunque el mar no dejaba de sonar había un como silencio, una calma de a mentiras, el viento que llega siempre antes de la fatalidad.

El Gato, el Andrés y el Fitos parecen estatuas, piensan que a lo mejor con una buena concentración se puede caminar sobre el agua, tal vez al rato. De lejos sólo se ve la brasita del toque dando vuelta y el mar encrespándose.

1979

tres

Qué instante, cuál, no es
toda la vida.

Martín Adán

ESTOY BIEN SÓLO TENGO UNA CRUDA

Este es un cansancio que restira la piel de la cara; un gato metafísico se agazapa detrás de la sombra, le ha clavado los dientes lo adverso.

Ya son demasiadas borracheras.

Querido diario: Hoy me dormí, crudo, a eso de las ocho, muy cansado. A las once de la noche me despertó un sueño recurrente, una pesadilla, una cifra maldita, 7.19 la hora del terror, 7.19, el derrumbe de la solidez, siete punto diecinueve, 7.19, siete punto diecinueve, 7.19, siete punto diecinueve, el jueves más tremendo de la historia, siete punto diecinueve, la mañana más cruel, siete punto diecinueve.

En la capital del país son la siete horas con diecinueve minutos...

Ese número cocinándole el cerebro, incendio en húmedo. Sudoroso en el insomnio salta de la cama, empieza la temblorina, el horror circulando por las venas; se siente quebrado.

Las manos y los pies se ponen a sudar, una helada ventisca imperceptible golpea en sus huesos y tiembla. Está cabrón. Es el cansan-

cio de una tranquilidad que ya no pudo más.

Llegó del parque México, venía del festival artístico para los damnificados, ahí, discretamente ebrio aguantó la mañana y la tarde, pero sin darse cuenta la tragedia se le derramó.

Pardeando el día entró a un albergue con dos hileras de camas muy limpias y ordenadas.

Vio gente llena de tranquila desesperación, respiró desolaciones encubiertas, comió tortillas empapadas en caldo de frijol.

Había muchos refrescos de naranja, estaban calientes, de excesivo color, sofocada agua dulce, diría él. No volverá a tomar Orange Crush.

Cuánto pinche policía en el parque, azules y de los otros.

Sobre la mesa donde escribe (la mesa se sacude con la escritura, en verdad se mueve) están unas naranjas y en su frescura lejana la perfección le hace un guiño. Cuánta desesperación ha andado cargando. El alcohol le ayudaba pero ahora se venga. La noche de este día ha llegado a un límite, está de cuerpo entero en la vulnerabilidad.

La muchachita damnificada y la ternura perversa de él son dos distintas formas de locura. La joven pedía obsesivamente autógrafos a todos los que estaban en el foro, parecía natural aunque sólo era una desolada manera de asirse a algo. Él la estuvo mirando sin darse cuenta de que lo enfermaba, la sonrisa verdadera se le

había quedado bajo los escombros una mañana de septiembre.

Tengo que resistir, tengo que resistir. No debo despertar a nadie. Tengo que amortiguar este escándalo. Qué hago.

Es la angustia que se tiene merecida. Ay qué ganas tan ojetes de vomitar. Tal vez si se bañara con agua fría. Esto no es un ataque de histeria, es la irrupción de la realidad.

Ve su reloj, ha pasado una hora desde que saltó de la cama y fue al baño agobiado por la cifra compulsiva, siete punto diecinueve, incapaz de gobernar el pensamiento, creyendo que jamás saldría de su cabeza el 7.19, cifra corpórea, precisa en la oscuridad, siete punto diecinueve. En la madre. El baño le parecía un manicomio y la defecación un rito inútil en donde el mal no ha sido expulsado.

Recuerda como un olor los rostros de esas mujeres damnificadas, jóvenes con el gesto lejano y el maquillaje excesivo incapaz de borrar tantas visiones; la piel amarillenta de la desgracia. Y aunque en el festival también hubo entusiasmo, y combatividad y aplausos, a él por ahora le ganó la otra cara de la moneda.

Tengo que aguantar.

Piensa en la gente aguantando la muerte, aguantando la caída de sus casas, aguantando la caída, la caída de Dios, la caída.

La corrupción ha quedado al desnudo, perdió eficacia la demagogia, la prepotencia es el terror disfrazado. Desea que la locura no

gane territorio.

Por la tarde luego del festival donde con avergonzado cinismo leyó un cuento, rumbo a casa mira una vez más las construcciones derruidas, descubre un nuevo tipo de monstruosidad: la inocencia de los escombros, la indiferencia de las toneladas; un epidérmico y profundo barroco mexicano.

Solidaridad no es amar a los otros, es amarnos a nosotros mismos porque nos descubrimos comunes.

Él sólo estuvo en el sismo del día veinte y en una rara abstracción lo sintió cachondo, gozaba la entraña de la tierra tocándole los tuétanos, fue una gigante sensualidad, intuía a la mujer mitológica queriendo tocarlo; la calle trepidando lo acariciaba por dentro. A él le quedó bajo la piel, durante muchas horas, la ternura grandiosa de la madre tierra, la anciana siempre viva ofreciendo su sabia lujuria, su manera enorme de decir: nunca se pierden los aciertos, pero también ningún error se pierde nunca. Pequeños míos, no me olviden, los ama su mujer, la tierra.

Cómo no recordar las camas vacías de los albergues y esos adolescentes taciturnos, uno recostado con las manos en la nuca, mirando el techo de lona, el otro apoyando la quijada en la almohada que traía abrazada, los dos diciendo sin hablar somos la tragedia.

La noche es silenciosa o él no sabe si se cierran sus oídos, imagina la canción de las

estrellas. Es insoportable la náusea, vomita y no vomita nada, necesita aire.

La realidad nacional da hachazos.

Imagina los campamentos a esa hora, y los sobrevivientes insomnes, y sus recuerdos, y sus esperanzas nocturnas, y su organización.

Denotación y metáfora confunden sus límites en el abrazo con la realidad, imperceptiblemente las palabras de siempre producen nuevas visiones, a veces hablar de algo es hablar de todo.

No puedo vomitar.

Las frutas sobre la mesa son una vida quieta, complacida, pero él no puede dejar de temblar y el color de las manzanas no lo consuela. Anida en sus pupilas lo terrible, le han embriagado para siempre los habitantes de la ciudad. Pone los dedos sobre sus sienes y siente las venas duras.

Tengo ganas de vomitar, estoy envenenado de impotencia.

Es verdad que las estrellas cantan aunque olvidemos escucharlas.

Qué tiesos los párpados, le duelen los ojos, la angustia como el mar llega en oleadas, marejada de sensaciones. Maremoto.

Finalmente eructa, cuando escapa el aire del estómago todo se vuelve más cálido. Hay que aprender a relajar los músculos del vientre, eso debían enseñarlo desde la escuela primaria, ayuda a espantar los malos espíritus.

Estuvo a punto de ir a la regadera,

ahora siente que no es necesario. No sabe si volver a la cama o si pueda leer, o mirar televisión; por si las dudas tiene a la mano un libro. El sudor de sus pies es frío pero ya ha dejado de tiritar. Sin la escritura esta noche habría reventado. Bebe agua tranquila que tiembla en sus entrañas.

Espera poder dormir.

Qué iré a soñar. Me alegra no haber hecho un escándalo.

Escucha pasos en la azotea, es la vida enferma que camina.

Aguantar como tantos, para vivir, aunque esto no sea más que una enorme improbabilidad.

Ha deseado llorar desde la mañana de ese diecinueve de septiembre, sabe que debe hacerlo, las lágrimas enferman dentro del cráneo, pero no puede.

La realidad nacional da hachazos, hay que tener mucha vida para resistirlos. Quién habría imaginado la represión luego del terremoto. Mi país, mi país, con cuánto odio amo a mi país. Solamente la ferocidad pondrá en su sitio al imposible olvido.

Cómo dejar de pensar en la muchachita de los autógrafos, ella vestía unos pantalones muy grandes, sabe de quién habrán sido, en el alma también traía unos pantalones grandes.

Dejaré de beber por unos días, ya son demasiadas borracheras.

Arriba las estrellas deben estar hermo-

sas. Él también es un damnificado.

Frente a lo horrible la subjetividad es una forma idónea, el exceso requiere del exceso, aún falta un periodismo subjetivo. Lo cierto derrotó al amarillismo, la crónica se gasta.

Quién siente en mí. Siente la especie.

El cuento este podría llamarse: "Estoy bien sólo tengo una cruda".

Cuánto le cabe a ese costal de piel llamado ser humano, cuánta resignación, cuánto coraje; estallar no es un sentido figurado.

Ahora comprende a la gente silenciosa.

1985

Un extraño caso de alergia

Eran grandes estornudos, accesos de diez o quince, una gripe se imaginaba Luis, pero no. Así pasó una semana, y un mes, y a Luis le dolía la cara de tanto estornudar.

Los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe. Y entre los *vivan los novios*, los arrozazos y los flashes, en los ojos de Luis pero por dentro, pasaban muchas imágenes con banderas rojas, y mítines, y propaganda, y policías, y discursos entre un murmullo que iba creciendo; la voz del fotógrafo lo trajo a la realidad: por favor abrace a la novia.

Fue una madrugada que lo despertaron los estornudos, cuando se dio cuenta que el catarro (que no es catarro) lo estaba transformando. En alguna sacudida del acceso Luis entra a otra dimensión, ATCHISS y entonces sus pupilas perciben el infrarrojo y el ultravioleta y mucho más. Descubrió que a su casa llegaban visitas.

Quién lo hubiera creído, Luis Martínez chambeando con el Estado, en la reputísima

Reforma Agraria. Ni pedo, le pagaban un sueldo, y ahora que a Sonia la regla no le ha bajado era indispensable el dinero para tenerla contenta.

En la penumbra, luego del estornudo, Luis descubrió una figura inmóvil a un lado de su cama, vigilante, sin forma, parecía un manojo de hierbas tranquilas con la estatura y el ancho de un niño. Luis entrecerró los ojos para mirar mejor, era indudable que ahí había algo, se quedó mirando con gran atención, y luego extrañado de no sentir miedo, lleno de curiosidad se puso de pie. Procurando no hacer ruido se acercó hasta la figura que sin ojos, quietecita, parecía que lo miraba.

Se detuvo tratando de comprender de qué estaba hecha la aparición, porque se veía palpable, algo entre plumas, hilo y hojas sin color, esponjosa y seca, helada y aunque inmóvil, se presentía una respiración larga y despaciosa.

Pinche Luis, eres un ojete. No compañero, tú sabes que el trabajo me lo consiguió mi suegro, si no de qué íbamos a vivir. He tenido que hacer algunas concesiones leves, pero vas a ver cabrón, voy a hacer trabajo desde adentro, tú nomás espérate compañero.

Se frotó los ojos varias veces para asegurarse que no alucinaba, pero volvía a mirar y ahí estaba la figura, como si fuera un guardián, o un espía.

Luis estiró el brazo para tocarla, enton-

ces con extraños movimientos la forma se fue alejando, parecía brotar y desaparecer en distintos lugares, era como si muy quieta flotara sobre el piso.

Lleno de curiosidad quiso atraparla pero la figura se alejó con rapidez, se mantuvo un instante sin moverse, despidiéndose, luego se hizo invisible en una esquina del cuarto.

Vestidos, regalitos, chocolates, todo lo que Sonia pidiera. Y por qué carajos tengo que dárselos yo, pero Luis decía esto muy en silencio, para que nadie lo supiera, ni siquiera él.

Se volvió a la cama tratando de encontrar una explicación, y sin poderse dormir estuvo pensando en lo ocurrido, hasta que el sol sin avisar se metió por la ventana y se hizo de día.

En la mañana con unas ojeras que parecían lentes oscuros se marchó a la oficina sin mencionarle nada a su mujer. Ahí entre el ruido de las máquinas de escribir: tliqui tliqui plac, tliqui tliqui tliqui plac, recordaba con simpatía la aparición.

Escribiendo cartas, llenando oficios, que resoluciones presidenciales, que dotaciones de tierras, que latifundios expropiados, pura mierda, pinches papeles, no cambian nada. Y señor Martínez vaya al archivo por favor. Y los campesinos esperando. Y señor Martínez la forma R-1/22. Y los campesinos esperando. Y el señor Martínez se equivocó siete veces con el mismo oficio. Y los hombres de sombrero parados frente a él, inmóviles, prietos, llenos

de olores a lugares lejanos. Y señor Martínez el memorándum.

Aunque ya había pasado más de una semana sin que la figura apareciera, en la oficina Luis sufría con cada estornudo, temblaba al pensar que pudiera venir, qué explicación podría dar, luego los campesinos ya no le creerían cuando les hablara de la revolución.

Vivía angustiado, tliqui tliqui plac, lleno de temor, tliqui plac plac, y los campesinos con la tierra encima, pliqui tlrrr, y la ropa gastada, pliqui pliqui tliinnnnn, y pinches papeles, plaka plaka plaka, y las manos como de piedra, tliqui tliqui plac, y Sonia, tlrrrr, y señor Martínez ponga más cuidado en lo que hace, sí señor, tiinnnn. Y mire venga mañana porque hoy ya no es hora de oficina.

Pasaron los días y aunque el catarro (que no es catarro) seguía, las figuras no llegaban. Luis cada vez más nervioso, su relación con Sonia igual que siempre, amándose y peleando, luego de las caricias la violencia, o luego de la violencia las caricias, después del *te quiero* los insultos, una botella contra la pared, las manos entrelazadas, la puerta golpeada con odio.

Era un campesino bigotón, le empezó a gritar al director de la oficina que ya no quería mugres papeles, que la tierra estaba allá, que qué chingaos, que los ricos dicen que es de ellos, pero cómo, si ninguna tierra tiene dueño, si nomás ahí está, como el aire, para que cada quién use la que necesite, jijos de su mala

madre, y que saca un cuchillo y empieza a tirar puñaladas queriendo tasajear al mundo. No había lanzado ni dos golpes cuando ya le cayó media docena de gorilas; en el suelo lo agarraron a patadas.

Todo lo recordaba en el baño de su casa mientras el jabón le cubría de espuma el cuerpo, en eso ATCHISSS, y las pupilas, y el asombro, y esta vez era una bola rojiza que se arrastraba por el techo y las paredes, paja, plumas, gelatina, sólida y líquida, amable; era una bola velluda del tamaño de una cabeza.

Luis la estuvo mirando mucho tiempo, con azoro, luego empezó a llamarla, suavemente, chistándole, como a un animal que pudiera huir; la forma sin ojos se puso a observarlo y él intuyó un imperceptible temblor en ella.

El vapor de agua fue inundando el baño, entre esa neblina Luis comenzó a seguir la aparición que con su resplandor opaco iba de un lado a otro. Le quiso preguntar por la otra figura pero se contuvo, tal vez ellas no escuchan ni pueden hablar.

La bola, plumas, cabeza, gelatina amable, se quedó quieta sobre los mosaicos húmedos, como esperando. Para no ahuyentarla con sus pasos, Luis se detuvo, alargando la pierna izquierda con el pie intentó tocarla. En eso la voz de Sonia. Y Sonia. Ya vine mi amor, pero qué estás haciendo. Luis iba a decirle mira lo que apareció, pero mejor se puso a inventar que estaba practicando un ejercicio modernísimo.

La pelusa roja ahora está muy quieta. Es un nuevo tipo de entrenamiento, se ejecuta durante el baño, lo leí en una revista. Qué bueno que te preocupes por tu figura, amorcito. En las últimas semanas te has vuelto muy descuidado. Imagínate qué feo, gorda yo y gordo tú. Y se alejó diciendo, el médico opina que el niño va muy bien.

Luis de nuevo atento a la figura que aún permanece insiste en tocarla con el dedo gordo del pie, y cuando casi lo lograba, la bola se fue, se sumergió en el piso. Al descubrirse solo y en una posición tan ridícula, Luis sorprendido se lleva las manos a la cara, como ocultándose, así hasta que el vapor se volvió a hacer agua. Luego todo triste, queriendo entender qué le pasaba entró a la regadera, el chorro frío lo hizo brincar, mierda, se había terminado el agua caliente. Lleno de jabón empezó a limpiarse con la toalla.

En la oficina señor Martínez este oficio, la carta, le faltó el sello a la correspondencia. Y los campesinos esperando. Señor Martínez lo veo muy pálido, vaya al médico. Ese Luis, no se duerma parado; ya no coja tanto. Y él para todo con una sonrisa. Los campesinos muy serios por abajo del sombrero hacen como que no miran.

Una tarde luego de pelear, mientras Sonia fingía dormir boca abajo en la cama sudando lágrimas calientes, Luis se quedó en el comedor estornudando, y ATCHISSS, y sus ojos,

y la entrada a ese otro mundo de silencio.

Esta vez eran muchas las figuras; una color violeta que oscila sin moverse de su sitio, larga y delgada, un péndulo, dos metros como de algodón sacudiéndose con suavidad; también otra forma chata, algo como un erizo color marfil, blando y espinoso deslizándose callado por la mesa; a un lado de la estufa una esfera perfecta, grande, lisa, como de seda, reluciente y opaca, con una respiración interior que la hace crecer y reducirse sin que se note, y un grupo de figuras pequeñas y oscuras, porosas, siempre juntas, cambiando de lugar y forma. Junto al refrigerador muy tranquila la primera aparición; esto alegró tanto a Luis que le dieron ganas de abrazarla.

En este extraño grupo él se sentía enmudecido aunque poco a poco se acostumbraba al silencio. Quiso acercarse a las figuras pero al llegar junto a ellas cambiaban de lugar mágicamente, como si se fueran sólo para llegar a otro sitio. Luis las seguía despacio, tratando de no ahuyentarlas, y cuando casi las tocaba se iban en silencio, divertidas. La forma larga y morada, algodón péndulo al revés, aceleró su movimiento; la esfera seda perfecta crecía en cada respiración; todas las figuras participaban en un oculto juego: la púrpura velluda, el erizo marfil, las oscuras pequeñas siempre en grupo. Luis comprendió que había que perseguirlas y se puso a correr tras las formas que subían y bajaban por todo el comedor.

Sonia adormilada, desde la cama escuchó correteos; con los ojos hinchados, llena de ese calor que da el dormir sin dormir se fue a mirar qué sucedía. Tratando de no ser vista asomó media cara por la orilla de la puerta, y con el ojo asombrado estuvo mirando las carreras de Luis.

Mi amor, qué tienes. Todas las figuras quedaron inmóviles, uno, dos segundos y huyeron por todas partes, muy tranquilas. Luis se sintió tan solo que tuvo que gritar, ya luego se fue cayendo en cámara lenta.

El guerrillero Luis Martínez con una metralleta al hombro, de pie sobre el techo de un cadillac dorado en ruinas, arenga a una multitud de mujeres y hombres harapientos. En eso descubre a Sonia resplandeciente entre la masa, muy bella, y todo comenzó a girar, a girar, hasta que puede abrir los ojos y ve la cara de su mujer que lo reanima.

Cómo le fue señor Martínez, disfrutó del descanso. Qué pasó Luisito, ya te sientes mejor. Y los campesinos olorosos e inmóviles le saludaron. Pliqui pliqui plac, vaya al archivo, lleve esa carta, pliqui, pliqui, pliqui tiinnn. Y dotaciones de tierras y solicitudes de ampliación, tlrrrrrrrr, y que dice el licenciado que eso no es un latifundio, que es una pequeña propiedad. Que vayan y chinguen a su madre por oficio, digo yo. Pliqui plac plac, y los campesinos se impacientan, tiinnnnn. Y señor Martínez ya cierre la ventanilla, que vengan hasta el lunes.

El catarro (que no es catarro) no lo deja en paz, y aunque no ha vuelto a mirar figuras, cada vez que estornuda siente pánico, vive temiendo su aparición en la oficina, en la calle, en el autobús.

Esa vez volvía del cine, solo, mirando caminar sus pies. La luna estaba más vieja que otros días; apenas se nota. Era de esas lunas que dicen no son buenas para sembrar, ni para que los niños nazcan.

La tarde se hizo negra cuando Luis abrió la puerta. Era también la luna de las desgracias. Claro, sólo tú te diviertes, hasta vergüenza te ha de dar que la gente me vea panzona, pero no olvides que también es tu hijo, y cuando nazca me voy a desquitar de todo lo que me haces. Y muchas cosas más hasta que se acostaron, muy silenciosos, dándose la espalda, sin poder dormir. Desde la pared el reloj no se aburría de hacer tic-tac tic-tac tic-tac. Y entonces ATCHISSS y los ultrarrojo y los infravioleta, y todos los cuates del más allá aparecieron en tropel.

Luis al mirarlos empezó a sudar, se tapó la cara con las cobijas, quiso ignorarlos pero esta vez sentía que le andaban por el cuerpo y le estiraban los pies. Sin poder evitarlo se sentó bruscamente a mirarlos con odio, los quiere destruir, no comprenden que Sonia está despierta y los descubrirá, que es imposible jugar con ellos ahora. Quiso gritarles que lo dejaran en paz, que se largaran, pero se contuvo para

no asustar a su mujer.

Tragándose el coraje pasó mucho tiempo mirando a las figuras, todas inmóviles cambiando de lugar sin que se notara, fosforescentes y opacas, blandas y duras al mismo tiempo, respirando y latiendo en un silencio estruendoso. Y Luis esperando a que Sonia se durmiera para perseguirlas, ahora no estaba para juegos, hoy las iba a destruir.

Tanto estuvo esperando que hasta el coraje se le acabó. Ya seguro de que su mujer duerme se dirige a las formas y les dice: largo. Ellas lo ignoran pero cuando quiere tocarlas amablemente se alejan, y él va tras una y tras otra llenándose de frustración, tratando de que lo comprendieran, pasando del disgusto al enojo y al encabronamiento.

Ya a punto de gritar, sin pensarlo tomó del tocador la estatuilla de mármol que su suegra les había regalado. Lleno de furia soltó un primer golpe a la bola rojiza, no pudo acertar. Corretea en silencio, parece una danza ritual, pega al aire que se queja con zumbidos; Luis se va transformando en otro Luis.

Sintiéndose seguro de atinar el estatuazo se tira con tal ímpetu que la figura se le va de las manos, y estalla justo en la cabeza de Sonia.

El cuerpo se sacudió bajo las cobijas, como si quisiera levantarse, todo fue quietud, la entrada definitiva a otro lugar. La cama con su creciente mancha oscura está asombrada.

Luis espantado, Luis el otro Luis, corrió a prender la luz. Las formas se fueron una a una, sin despedirse, también la oscuridad se fue, y los estornudos para siempre.

El rostro de Sonia se ha perdido entre las sábanas. Luis se cubre la cara con las manos y se pone a llorar como un niño, pero más fuerte, mucho más fuerte, hasta que se asusta la noche y llega la mañana con los vecinos.

1976

MANUEL ARISTA, PRIMER BONZO MEXICANO DE LA POESÍA

"De un cuerpo loco / que danzaba en las praderas, / nos han metamorfoseado en un par de simples ojos / que se quedan clavados / frente a la oscuridad." Tres de julio de mil novecientos noventa y uno, veinte aniversario de la muerte de Jim Morrison, héroe y representante de una generación que soñó con transformar el mundo.

En la sede de la Comisión Cultural de la UVyD serían las nueve de la noche, frente a un público atento terminábamos de leer poemas de Jim Morrison. "Te permiten gozar de la vida, / pero de lejos. / Te permiten mirar lo sabroso, / sin saborearlo. / Puedes cachondearte a tu mamá, / pero nomás con miraditas."

Todos bebíamos. La noche era lluviosa y traía truenos fríos, dentro el misterio aleteaba invisible.

Manuel Arista, periodista y poeta, conversaba con los actores Juan Pérez Herrera y Moisés Andrade; tomaban ron con ponche de canela. Hagan un hapenning, les dije, no estén

nomás de borrachos, y brindé con ellos. Me contestaron que sí, que planeaban sacarse la verga en memoria de Morrison. Es poco imaginativo pero es su bronca, si quieren los anuncio; rieron. Afuera llovía y el tiempo iba corriendo por la orilla de las calles.

Luego de un rato se acercó Manuel y me dijo, "Iba a incinerarme en homenaje a Morrison pero aquí son ojetes, se negaron a darme una botella de alcohol para prenderme fuego".

La idea de alguien dispuesto a incinerarse, sin riesgo de muerte, supuse, me pareció genial, eso sería un gran hapenning, no mamadas. Sin pensarlo dos veces lo apoyé. Por eso no hay problema, aquí en el botiquín tenemos. Y le pedí a Sergio, de la Comisión Cultural que trajera el alcohol. Va a ser sensacional, pensaba. Todos nos servimos otro trago.

The Doors sonaba fuerte: "¿Qué le han hecho a la tierra? / ¿Qué le han hecho a nuestra hermana? / La han destrozado y saqueado, / la han rasgado y mordido, / la han apuñalado en el costado del amanecer..."

Una vez que Manuel se convenció de lo que iba a hacer, él, Juan, Sergio, Moisés, Anna y yo, comenzamos a preparar el espectáculo. Hablamos de los hapennings pendejos que cotidianamente se realizan, y de la coherencia transracional de la poesía, y etcétera. Ya está bueno de burguesadas, esto sí va a ser un evento grueso, dijo Manuel. La pura poesía, pensamos todos. La trascendencia. Otro ron para

ahuyentar a los malos espíritus.

Anna sonreía no muy convencida; Moisés estaba callado; mi entusiasmo aumentaba; Manuel se iba a incendiar, el ectoplasma de Morrison lo protegería. Se avisó a algunos cuates que estuvieran pendientes, que se iba a realizar un hapenning de poca madre.

Sergio controlaría la música, obviamente *Enciende mi fuego*, Moisés leería un poema de Morrison: "Los alquimistas perciben en el acto sexual / una correspondencia con la creación del mundo, / con el crecimiento de las plantas / y con la formación de los minerales"; Anna realizaría una especie de hechizo amoroso y untaría el rostro de Manuel con esencia de sándalo, que éste le entregó en un frasquito, luego ella debía esperar que Manuel se rociara el alcohol para acercar el encendedor; Juan estaría preparado con un gran bote lleno de agua; yo manejaría la luz y en caso necesario ayudaría a apagar el fuego. A calmar el juego. A aplacar el ego.

Sobre el pequeño escenario que está en el patio de la UVyD Manuel colocó una banca de madera, una maceta de barro con una fresca planta, y un ventilador. En seguida comencé a apagar y encender las luces, poco a poco el silencio llegó, sólo se escuchaba la lluvia que caía sobre el techo. Subiendo paulatinamente de volumen se oyó *Enciende mi fuego* y apareció Manuel, caminaba con lentitud hacia la banca, traía un periódico en la mano, se sentó y se puso

a leer. El ventilador agitaba vivamente las hojas de la planta. El hapenning había dado principio.

Pasaban los segundos largos y premonitorios. Mirando el periódico Manuel sólo dijo "veinte años", dejó a un lado el papel y adoptó una actitud meditativa. La lectura del poema proseguía: "Los alquimistas miran / la unión que existe entre la lluvia y la tierra / como si se tratara de un suceso erótico / o de una copulación". Era la señal para la entrada de Anna. Hermosa desde su altura, vertió en sus manos el aceite de sándalo y luego en torno a Manuel sus brazos danzaron armoniosamente. La música de los Doors parecía iluminar la penumbra. En el discreto baile de amor y misterio las blancas manos eran pájaros revoloteando sobre la cabeza del sacrificado. A estas alturas del evento Manuel ya estaba totalmente metido en su papel de suicida ritual. Con él iban a arder los poetas anónimos del mundo y al fin alumbrarían.

Anna bajó del escenario casi flotando y haciendo un círculo acercó sus manos perfumadas al rostro de los espectadores. Creció la intensidad de la música, y el volumen del poema, y la tensión. Manuel levantó la botella de plástico blanco con un litro de alcohol puro de caña. De acuerdo a lo indicado hizo como que bebía lo cual produjo un gran efecto, pero luego olvidando el plan se empapó la cara y el pelo y casi se acabó el litro sobre el pecho. En realidad se quería quemar el corazón.

"Es por eso que los alquimistas / representan encuentros amorosos / entre las estrellas y los elementos químicos / o romances entre las piedras / o enamoramientos en la fertilidad del fuego." Esa era la señal para la aparición del encendedor, Anna dudó un momento al ver tan lleno de alcohol a Manuel, pero cumpliendo con su parte acercó la llama.

De pronto Manuel se llenó de luz, se puso de pie y alcanzó a mirar cómo crecía la caricia del fuego. Hasta ese instante el guión se cumplía al pie de la letra, pero el fuego se excedió. Hubo un momento fatal y denso, Manuel comenzó a desesperar, a embriagarse con la excitación de los nervios de su piel. Juan se acercó con el agua pero inexplicablemente el agua no se derramó en el objetivo. El espectáculo nos rebasaba. Manuel comenzó a gritar. Manuel era una antorcha humana, una pira en movimiento, de los pies a la cabeza el fuego lo cubría. Era un coreano y un vietnamita y un luminoso eterno instante. Necesitaba ayuda, corrí a abrazarlo, quería sofocar las llamas con mi abrazo pero las llamas me ignoraron. Manuel ardía de verdad, ardía por todos los que arden invisiblemente; iluminaba nuestra oscuridad.

Entonces comencé a arrancarle la ropa, hubo una lucha real entre el hombre y el fuego. Entre las llamas mi pinche alterego rompió el ritual, se puso a regañarme, "ya ves imbécil en lo que te metes", y yo "puta madre, ya no lo vuelvo a hacer", y manoteando contra el fuego

quería apagar también el arrepentimiento. Cuál es el límite, pregunté a William Blake, y entre la lumbre me sonrió sin quemarse. Sin dejar de arrancar las ropas de Manuel vi que el fuego se atenuaba. Recuperábamos el espectáculo.

El público estaba atónito, no sabían si era sueño o realidad, incapaces de todo se paralizaron; qué terrible es la condición del espectador. Manuel dejó de gritar, se tiró al piso y al fin sofocó las llamas. Yo volví a mi lugar y como en el principio del hapenning encendí y apagué la luz; pese al gran irigote el evento no se interrumpió. Manuel casi desnudo se irguió, levantó el puño izquierdo y gritó para el punto final. Luego hizo una caravana y muy maltrecho abandonó el lugar del sacrificio. Yo comencé a aplaudir lleno de admiración y también otros pocos aplaudieron; la mayor parte de los espectadores se estaban cagando. Algunas mujeres lloraban, otros protestaban indignados, la mayoría en silencio no sabía cómo reaccionar.

Ya dentro, en la galería Frida Kahlo, todo fue celebración adolorida, Manuel lloraba y todos los participantes del hapenning llorábamos bajo la piel. Uno que otro colado se acercaba a Manuel y lo tocaba con admiración, como si fuera un santo. Mirando arder a un hombre, algunos pudieron mirar adentro de sí mismos.

Aunque espectaculares y en buena parte del cuerpo, las quemaduras fueron superficiales, sólo un lado del cuello se quedó sin piel. Hubo que correr a buscar un médico. El dolor

era fuerte pero nada grave. Morrison seguía cantando y su voz parecía apapachar a Manuel que temblaba confundido y satisfecho. Los caminos del misterio son impredecibles.

"Los amos producen un arte que ciega y confunde / para que aceptemos nuestra esclavitud. / Hay un arte para adornar las paredes de nuestras prisiones que nos enmudece, / nos divierte y nos vuelve indiferentes." Manuel Arista, primer bońzo mexicano de la poesía. Ocurrió un tres de julio en la colonia Roma.

1991

Función de media noche

Con el neón que brinca, las nocturnas calles se colorean. Se hace la luz que anuncia los diversos tonos de la oscuridad, negras verdades, pesadillas luminosas, el Gran Teatro Hamlet. Venga, haga su reservación; afuera el letrero se apaga y se enciende, parpadea. En la noche todo suena como una fiesta aunque nadie festeja.

El pequeño local tiene el cielo adornado, desteñido firmamento de nubes lamosas por donde asoman caritas de niños, alados cachetones, sopladores pequeños de vientos inútiles, alientos que nunca han sacudido la más mínima hoja. Al centro del lugar, como averiado sol, un reflector añejo vuelve opaco el ambiente y su luz cansada le contagia vejez, tres metros de ancho por cuatro de largo en donde se amontona desde hace años el aire enfermo. A la entrada un portero llamado Caronte Gómez completa la escenografía.

En la esquina del escenario, atrás de una breve pared de azulejos gastados y puertecilla

en madera labrada con flores secas, y frutas de otros mundos y pájaros fantásticos, se puede ver el tranquilo excusado.

Alfonso trae en la bolsa del saco un boleto mágico, y bajo el cuero cabelludo mil grillos en rotación; duendes espirituosos le enredan las pisadas.

Hay también un lavabo que fue color marfil y hoy tiene en su oquedad manchas amarillas, cafés y verdes que lo vuelven una flor de piedra; por sus oxidados grifos salen cucarachas cuando nadie las ve. Sobre la pared el espejo borroso es la ventana al más acá, puerta de una caverna en donde si se escudriña se descubre la cabeza de un monstruo, prisionero longevo en esa extraña superficie que ha perdido la brillantez, gastada por los ojos que se han mirado en ella, máscaras fieles, tremendo delirio, a cada actor reflejado le sorbe un poco de aliento y lo incorpora a su propio misterio. Gestos como raspones, la muerte en la tersura del Nitrato de Plata.

Es intenso el olor a desinfectante, raspa, rasguña la nariz, sahuma los pulmones y se nubla la zona del olfato, su perfume se estaciona bajo el folículo piloso; la persistencia etérea abrillanta los ojos y entonces todo se ilumina aunque la penumbra lo desmienta. Es un olor tiránico, hecho para aplastar otros olores, la creolina borra todos los aromas, los asume, los disimula, demagogia del olfato, certeza de que es posible disfrazar lo horrible.

Alfonso no creía que pudiera llegar, zigzagueando pero lo ha logrado, ahora puede iniciar la representación.

Hace mucho tiempo el local debió ser hermoso, alguna vez el dueño comentó que lo astroso del sitio le otorgaba misterio, abolengo rancio; luego ordenó colocar en la entrada a un hombre con el saco lleno de botones dorados y una gorra deslumbrante. El portero uniformado no deja de chocar unas claves que tiene en las manos, los trozos de madera acompañan una sorda cantata, el contrapunto de la acción. Ahí está Caronte adornando la entrada, mientras marca el compás de un invisible oleaje ve que Alfonso ha llegado, lo mira haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio. Pasa al baño y al fin ocupa su sitio, ha bebido tanto que no sabe qué hacer, si vaciar la vejiga, o los intestinos, o recordar, o arrepentirse, o escupir, o cerrar los ojos, o rascarse un oído, o tratar de entender, o sentir cómo entra y sale la respiración. Con ansia nebulosa se quita el saco y logra colgarlo en una pequeña mano blancuzca de tranquilos dedos, el perchero saliendo de la pared sugiere un cuerpo aprisionado. De un tirón se saca la corbata y la deja en el suelo ignorando que no la ha colgado, después se desabrocha el cinturón queriendo sentirse bien sin conseguirlo.

Turbio se acomoda sobre el excusado, el frío de la taza le sirve de asidero a lo real mientras el pantalón se le amontona sobre los tobi-

llos. Con un gesto abandonado descansa el rostro entre las manos que parecen soportar una cabeza ajena. Empecinado en fijar la mirada, terco perseguidor de la fidelidad del texto, Alfonso quiere exorcizar la borrachera y se deja ir de lleno por un mínimo espacio de calma.

Sorpresivamente es arrancado de su oasis por pequeñas pisadas metálicas que suenan llegando de una lejanía de años; eco frío y resonante que transforma en pasillo interminable el pequeño espacio. Sobre las duelas gastadas caen breves pisadas de fierro. Son dos muletas que transportan a un gordo con piernas de hilacho, tiene el pelo engominado y un clavel azul en la solapa de terciopelo; la urgencia lo hace avanzar por lo más intrincado de su ebriedad. Con las ganas a cuestas el hombre se mueve dificultosamente pero llega, sólo para descubrir que como siempre alguien ha llegado antes que él. Desesperado inquiere, apresura, ya su paciencia no aguanta, quiere decirlo todo pero su lengua embriagada pierde las palabras y sólo farfulla, gime, cuasigruñe. Al principio balbuceó despacio, aguantando la prisa, luego cada vez con más urgencia pide sitio, reclama, embiste la puertecilla con las puntas de sus muletas, patalea con imaginarios pies.

No molesten, grita Alfonso, sin la mayor intención de salir, totalmente seguro de su papel. Afuera el hombre gordo enloquece muletazo a muletazo. El olor a desinfectante se vuelve opresivo mientras Caronte choca las cla-

ves acompañando la extraña condena.

En la completa agitación el de la flor en el ojal arremete furioso contra la puerta, logra abrir y ahora sus tartajeos son borbotón de trabalenguas, jitanjáforas, cantos rodados desde el primer odio. Con pupilas de lumbre mira al intruso, incontrolable estalla inaugurando el encuentro; la historia se cumple al pie de la letra.

Desde el fondo salta la voz de Alfonso que al sentir hostigado su territorio despega la cara de las manos y sin levantarse increpa. Basta que estoy mareado y me zumban los oídos. No me voy a salir. Si tanto apuro tiene lárguese a otro lugar, este me corresponde y no voy a dejarlo.

Después de las palabras queda flotando un instante de augurios, la quietud del principio del salto, breve segundo en que el silencio convoca al estruendo. La muleta estalla en el pecho de Alfonso, ensucia la camisa. Nunca lo hubieras hecho.

El metal rabioso intenta destronar al insolente que acapara la taza, Alfonso sin dejar su asiento, entre una ráfaga de inverosímiles sablazos decide aniquilarlo, es la defensa de su feudo. Ya con dos metacarpos tronchados en la rebatiña, con un brusco movimiento logra neutralizar el bélico artefacto.

Al sentir la muleta capturada el cojo se aferra a ella con un miedo acumulado desde los primeros pasos, como si a la vida se prendiera.

Y entre revolotear de frenéticas manos al fin cambia de dueño la muleta, el náufrago comienza a ser tragado por el piso, levita, baila, bracea inútilmente, llegan olas de odio, una marea invisible que termina revolcándolo.

Desde lo hondo de su embriaguez Alfonso mira que el hombre del pelo engominado es una fiera; atrapado y gruñente, olvidado de su ineptitud quiere golpear con la otra muleta, pero falla con tal estrépito que salpica de ruido las paredes. Cae como la flor que se desprende de su solapa, cae también dentro de él. En el descenso el lavabo se interpone, ahora la sangre en la frente del baldado iracundo brinca desaforada pintándole una máscara llameante. Disfrazado de diablo sigue agrediendo a ciegas desde el enduelado. Lluvia de estocadas tasajea el aire en un exaltado remedo de ofender. En la entrada el hombre de los dorados botones prosigue su rutina ajeno a todo, toca las claves bogando en sus pensares.

En un furioso instante Alfonso ha decidido defender el excusado hasta la muerte, tras un breve intercambio de insultos y fintas, con un rápido golpe acomoda la muleta capturada contra el cuello del impedido agresor. Sácame si puedes. Sin levantarse empuja con la fuerza de su historia, oprime la tráquea, tritura huesecillos, clausura el viaje del oxígeno.

La cabeza que quiere escapar suena contra el piso como cántaro vacío, pero es un cráneo lleno de recuerdos lamentables, pensa-

mientos electrizados junto a las circunvoluciones, cerebelo con ron, cuerpo calloso con brandy, bulbo raquídeo con vodka, puente de Varolio con tequila.

El cabello engominado se pega y se despega contra la pared y el suelo; desde su trono Alfonso maneja la muleta con destreza de gladiador. Las manos que hace unos minutos reclamaban airadas la posesión de la muleta, ahora enloquecidas intentan alejar el mortal objeto, lo que hoy es agonía antes fue permanencia, lo que ayer sustentó hoy derriba.

El aire nuevo ya no puede entrar, y como en los pulmones el resuello envejece muy rápido, se vuelve oscuro el mundo bajo la piel del caído. Su sangre huele a alcohol y luego a creolina pero no huele a sangre; las heridas dibujan sobre el escenario imágenes fantásticas.

En la entrada Caronte prosigue con su ritmo, indiferente como cada noche marca el compás de un libreto distinto y siempre igual. Voltea a mirar el forcejeo y aunque las piernas inertes del gordo producen un contraste inusitado junto al sacudimiento de los brazos, y aunque Alfonso no deja de empujar su rabia contra el cuello, y aunque ahí la muerte llega hueso a hueso, el portero vuelve la cabeza y se sumerge en la monotonía de sus maderas.

Descompuesto, convencido al fin de su papel de perdedor, el hombre inválido comienza a quedarse quieto. Frente al sitio al que no pudo entrar se le escapa la furia gota a gota; su

coraje se volvió una mancha oscura entre los pantalones. Para que aprendas a respetar a tus semejantes, repite Alfonso su parlamento sin matizarlo.

Poco a poco, ordenando su respiración calmosamente, el triunfador suelta el arma, la deja caer seguro de que no la necesita más. Luego, aún sentado, casi sin moverse, en la misma posición que conservó durante toda la disputa, olvidado de todo se vuelve náusea, biológico deseo de vomitar el alma. En su vientre los músculos ondulan expulsando hasta lo más prendido a las entrañas. Y del dolor se pasa al goce y ya no se hace nada por evitar que el vómito en su huida escurra por el cuerpo, brinque por la nariz o haga temblar la lengua. Saltan basuras húmedas, algo que no es comida ni desecho ensuciándolo todo se escapa; gran final. La cascada olorosa borra por un instante a la creolina y se acurruca entre los pliegues del pantalón que ha permanecido amontonado sobre los tobillos; llena de tintes putrefactos la ropa se horroriza de su propia textura.

Con un dolor pastoso en todo el cuerpo, Alfonso se incorpora dificultosamente, apaciguado se coloca el pantalón húmedo. Con las piernas acalambradas intenta sostenerse, trastabillea, vuelve a sentarse, atarantado recoge la muleta, se ayuda con ella y al fin queda erguido, da un paso y luego otro intentando una nueva triangulación. Ya más confiado, con

sobreactuada calma deja la muleta en un rincón, ajeno a los pegostes que por ella escurren como lágrimas.

Alfonso arranca su saco de la lívida mano en la pared, mete un brazo en una manga pero meter el otro es imposible, forcejea con la prenda como si peleara con su propia sombra, al fin entiende que no podrá ponérsela y entonces deja que el saco arrastre desde su entumida extremidad.

Sobre la duela pantanosa descubre la corbata y trata de levantarla, temeroso de caer, aturdido, en un último esfuerzo la toma y empieza a incorporarse con lentitud, como si un peso enorme lo empujara contra el suelo.

Con una prisa que su cuerpo no logra asumir, apoyando el hombro sobre la gastada pared, Alfonso va acercándose a la salida. De pronto se detiene, indaga en los bolsillos, busca impreciso hasta que de su camisa extrae un cartoncillo, el boleto del Gran Teatro Hamlet. Llega hasta el portero y se lo entrega, Caronte Gómez toma la contraseña y con su indiferencia de toda la noche rompe el boleto y entrega la mitad, Alfonso guarda el trozo y se aleja arrastrando el saco. Afuera el letrero luminoso se prende y se apaga como en un guiño.

1982

El joven tirado junto a la monja es Javier Molina que descubre el paisaje desde un ángulo nuevo, un horizonte inusitado muy cerca de su ojo lleno de tierra. El cielo etéreo y vasto de alguna forma es la comprobación de la eternidad. Él asiste a la apertura de otra perspectiva, a la disolución del tiempo; el acceso a un mundo lleno de claves ociosas.

Otro de los muertos es un profesor, esto se sabrá por la credencial que le van a encontrar cuando llegue a la morgue. Es el hombre canoso que tiene la cara partida. La fotografía para el periódico y para los vecinos. En el cráneo expuesto el aire ensaliva los occipitales indiferentes del profesor.

Por el asfalto despaciosamente la vida deja de rodar, se coagula. La sangre se ha vuelto elástica. Mil tuberías azulosas, rotas, pequeños drenajes averiados para siempre; la llegada gota a gota de una suerte definitiva.

La muchacha con el hábito de religiosa quedó junto a Javier Molina, tan cerca que

sentía su tibieza, un calorcito que se iba como la luz de la tarde. Con la cara cubierta por el cabello, escondiendo tal vez un gesto horrible, la novicia se ofrece en silencio con toda su ausencia. Él recuerda fugazmente la canción que se oía cuando la vio subir, pareció que llegara la música con ella; mientras buscaba el número de su asiento se transformó el autobús. Javier Molina la veía tan fresca, tan segura de ser bella aun con los hábitos negros, que el amor le anidó en los ojos instantáneamente.

Doña Petra Rodríguez es la mujer que esperará dos días dentro del refrigerador, antes de ser identificada por sus familiares. A un lado de la carretera, el cuerpo de doña Petra justificándose en la inmovilidad le ofrece al atardecer los muslos abiertos, se le mira en el fondo una mancha amarilla, una flor siempre oculta que hoy es descubierta para nadie. La muerte hace inocente todo, e inútil.

Se arrastró el brazo del joven, sus dedos anduvieron por las texturas del atuendo negro, avanzaron entre las ropas acariciando lentos a la joven que olvidaba su color centímetro a centímetro. Muriéndose, la mano avanzó hasta el oculto vellón y hundió su esfuerzo en la hendidura que había perdido la posibilidad de ser amable, pero que negándose a la indiferencia ofrecía un último temblor. Muerte suave, muerte tibia, el ingreso del placer a la otra vida, la entrada del fin a la blanda oscuridad de una gruta sellada para siempre. Las uñas húmedas

lo saben. La entretela del amor cobijando un deseo abandonado. Javier Molina se fue tras la mujer que lo miró un instante.

El conductor del autobús está oscuro, violáceo, quieto y lleno de rabia por el impacto.

1980

La sirena

Gabriela estaba segura de que eso era el canto de una sirena. Podía escuchar con claridad el sonido marino de la voz. Sin atreverse a salir de su casucha, por temor de espantar tan perfecta melodía, se pasó la noche entera disfrutando el canto desde un ruinoso catre. Con la primera luz del día la voz desapareció. Emocionada fue a indagar en dirección hacia donde la voz parecía haber salido, y vino a encontrar el sitio muy cerca de la playa. Una breve caverna esculpida por el oleaje, que de tanto golpear ha penetrado la roca enorme. Ahí la arena es siempre cálida. Gabriela decidió pasar en la oquedad la noche siguiente.

Como el amor es una sola carne, en la separación suena el desgarramiento. Roberto sólo dijo, esto es el fin, y comenzó a guardar sus pertenencias. Puso los libros en una petaca, y en una bolsa de piel su ropa. En silencio lo guardó todo. La tarde era un túnel muy angosto.

Bebiendo sobre la playa a la mitad del

día, Gabriela inicia la espera, una espera encantada en el recuerdo de esa voz de otra especie, que hoy la atrae como un perfume. Es la voz de una sirena. Está segura de que el mítico ser visita la playa. Es algo tan fantástico que ahora ya no importa Roberto. Mientras llega la tarde Gabriela se ha convencido de que la sirena la llama. Bebe unos tragos y entusiasmada mira nacer la oscuridad.

El traslado en autobús fue terrible, aún no se repone de la borrachera que se puso durante el viaje. Las horas fueron muy largas, ya se había acostumbrado a no estar sola. Ahora en el mar podrá tranquilizarse. Para eso vino. Sin Roberto la ciudad la repudiaba.

Cuando la luna ofrece su clara oscuridad, la joven baja hasta la gruta donde sonó la voz de la sirena. A pesar de las sombras prefiere no encender fogata alguna, podría ahuyentar la compañía anhelada. En la desnuda negra noche Gabriela se instala de lleno. Ahí las estrellas son agujeros celestes. La espera es siempre negra aunque reluzca. El sonido del mar no es una voz, es multitud de voces, cada ola con un tono propio. No ha habido nunca cita más deseada, y pareciera que eso ha encrespado al mar pues repentinamente se puebla de estallidos. El mar, siempre del lado de la vida, se enfada. Fue en cosa de minutos que se inundara el sitio de la espera. Tuvo que huir Gabriela. Iracunda se quedó al filo de la roca, pero el viento marino le entibiaba el fuego y triste

regresó hasta la cabaña. Se tomó varios tragos antes de poder dormir.

Al otro día, ya con el sol bien alto, despertó cansada por el retorno a la adversa vigilia. Con desgano fue al mar, y como si volara, por el agua penetró a la inmensidad. Luego arrumbada en la arena pasó muchas horas escuchando al tiempo, sintiendo igual que una sombra la soledad, recordando con sorprendente fidelidad la voz de la sirena que hoy la ilumina hasta los huesos. La voz de un húmedo sueño. La voz del agua. La ineludible llamada.

Fue una gran idea haber salido de la ciudad, aunque nunca imaginó que algo así podría ocurrirle. Nadie me lo va a creer, piensa. Cuando entra la noche Gabriela vuelve a la impaciente espera, mas como es rudo el frío que la brisa trae, ella no aguanta mucho a la intemperie. Entonces, durante horas va y viene de la casucha a la playa, de la playa a la casucha, como la palpitación de una marea regida por un astro misterioso. Gabriela ya cansada poco a poco se aquieta, y tirada en el catre sueña con Roberto.

De pronto se despierta sobresaltada, es la voz, ahí está de nuevo la canción, la cristalina magia en su apogeo. Con sigilo Gabriela sale de la cabaña. Se va arrastrando, teme asustar a la sirena. Es tan tierno el roce de la arena contra su vientre. La voz de la sirena sube y baja, va y viene como un aire que afecta todos los sentidos. Gabriela gateando llega hasta la orilla de

la gruta, y se detiene tan encantada que sin proponérselo empieza a emitir un frágil sonido, es como un llanto pleno de esperanza, un suspiro enorme y modulado. La sirena al escucharlo guarda silencio. Fue un instante de reconocimiento. Luego reanudó su canto y hubo un diálogo mágico. Gabriela y la sirena se reconocían, era un intercambio de intuiciones, un abrazo a través de los sonidos; la entrada a un mundo del que no se vuelve. El mar sonaba con sordina y se pudiera hablar de la atención del firmamento. A un segundo de distancia Gabriela se irguió bruscamente para bajar hasta la gruta. Ya iniciaba el descenso cuando, fugaz aparición, vio la cola de un gran pez que relumbrante se perdía en el mar.

Roberto, cómo olvidar sus palabras, su presencia de mediodía permanente, sus manos infinitas recorriéndola. En la ausencia la pérdida amorosa florece como un veneno. Sin él se volvió inhabitable la casa, tendría que cambiarlo todo, pero eso era tan difícil. Aquí en el mar encontrará la paz.

Gabriela se da cuenta que asustó a la sirena, quiso repetir el canto pero sólo le brota un lamento, un tono suplicante ajeno a la belleza. Lloró mucho y cuando el frío comenzó a morderla, tuvo que regresar a la choza con un enorme desencanto bajo la piel.

Ya naciendo la mañana fue que pudo conciliar el sueño, ahí encontró a Roberto que agitando su mano la despedía. El mediodía la

vino a despertar con su calor pastoso. Con los oídos aún ebrios la mujer se levanta a prepararse un trago, la voz de la sirena habita en su cráneo. Gabriela salió de la cabaña y negándose al desencuentro comenzó a ensayar su canción. Sonámbula, emite un sonido dolorido y tierno, la llamada a deshora. Su voz parece convocar la oscuridad, Gabriela hundida en el sonido pasa las horas esperando la noche, y las estrellas de fino oído pronto aparecen.

Ella tiembla al pensar que la sirena no llegue y excitada va a la cueva, ahí su canto es el reclamo amoroso de un animal que husmea en el otro mundo.

Embriagada en la espera, en turbulencia deliciosa, al fin Gabriela mira emerger un cuerpo de cabellera áspera y grandes pechos. La claridad lunar le hace brillar la oscura piel de escamas, y aunque el rostro está en penumbra se puede sentir una intensa mirada de pez, la vida milenaria, ese fermento al cual inevitablemente se retorna. La sirena da inicio a su canto y se acerca a Gabriela, tímidamente, con lentitud sus manos la acarician. La joven se va inundando de ternura fangosa, el aliento marino le produce náusea pero tanta frialdad amante la subyuga y Gabriela se entrega al mar.

1988

La piedra

Entre los árboles del bosque húmedo, junto a su perro camina la niña, siempre a la hora en que la neblina resplandece.

Ella tiene trece años y la piel suave, flota su belleza a cada paso. Al llegar a la piedra se detiene, ahí se sienta. Por los ramajes suena un silencio verde, la niña está en el trono, parece que auscultara su respiración. El perro aguarda nervioso y en esta soledad son como flores los trinos de los pájaros.

Despacio la niña arrastra el vestido sobre los muslos, abre las piernas con lenta urgencia, luego, extiende el brazo y amorosamente, empuja la cabeza del animal experto que se hunde en la más cálida oscuridad.

Ella empieza a cantar una tonada líquida, tiembla en secreto movida por un oleaje que nace de los huesos. La niña echa hacia atrás la cabeza, dulcemente.

Mientras el perro lame, la mañana madura su transparencia.

1987

reficciones

Espejo: máquina por medio
de la cual las cosas son puestas
en relieve fuera de sí mismas.

Un ciego

Razones que demuestran fehacientemente por qué la palabra introducción es una palabra de las de acá

Introducción: la palabra más erótica del lenguaje, ni duda cabe, diez mil *palos* lo garantizan.

La palabra introducción, según el Diccionario de la Real Academia de la Luenga Lengua, y de lengua me como un taco, y de chile te lo retaco, y tacos de lengua adobada, y la lengua corta más que la espada, y virgencita de san Juan déjame esta lengua como la otra. Ya para terminar, una adivinanza: "¿Lengua pasa por mi cosa, cate de mi corazón?: el aguacate". Dice: Introducción: femenino, acción y efecto de introducir o introducirse; palabra que proviene de dos raíces, una griega, la otra latina; del griego *conductio* que quiere decir llevar con dirección, con puntería, con tino; del latín *introducere* que quiere decir meter, trasponer, entrar.

De acuerdo con la lingüística, la semiótica y la filología, de todo lo anterior podemos concluir que la palabra introducción y sus derivados, se referirán siempre a: meter con dirección, o entrar con puntería, o trasponer con

tino, o con puntería meter, o con tino entrar, o con dirección trasponer, o meter con tino, o entrar con dirección y/o trasponer con puntería. Lo mismo para introduire, introduction, introduzione y einführung.

Y no se amontonen que para todos hay, chicas para los chicos, grandes para los grandes, o para usted señora que tiene problemas, un modelito especial, o para usted señor con fijaciones orales una de sabores.

Entremos en materia. Algo así como un ejemplo: En obscuro callejón penetra el hombre por una puerta, traspone el umbral, se mete a un cuarto, silenciosa y tibia oquedad que huele a perfumes baratos, y a hierbas tiernas, y a sudores deliciosos; en pocas palabras huele a toda madre. Ahí son sutiles los colores, irradiados por discreta llama que se consume temblorosa. Guarida del placer, *Corrientes tres cuatro ocho,* cueva de las delicias, *segundo piso ascensor,* caverna de ya sabes, *no hay portero ni vecino,* nidito de amor, sencillo, simple, candoroso lugar de crímenes atroces y desenlaces dichosos, *con su gato de porcelana para que no maúlle el amor.*

Y luego viene la introducción, es decir el meter con tino, un empujoncito y ya está, por arriba, por abajo, por delante o por detrás, no importa, si la conductio fue certera el conducere es pan comido, y entonces ya todo va a ser ganancia; ese subir y bajar que es el galope de los que viven felices; ese entrar y salir de los

que mueren bien, náufragos afortunados en las sólidas aguas donde el pez no se cansa de morder anzuelos. Aquí el dicho ese de que "el que es güey hasta la coyunda lame" adquiere nueva connotación, se instaura en otro orden, se vuelve hedonista, se salva, se reivindica, suena cachondógeno, cachuchífero, casi cachondílico. Entonces digo: los ahogados sonrientes, los congestionados satisfechos, llenos y vacíos.

Y ahora un caso que nos pondrá los pelos de punta: "El muchacho que se introdujo en la carnicería". Nótese que en cualquier circunstancia donde aparece un familiar de la palabra introducción, el contexto se presenta siempre con un marcado acento de aquellos, de aquellotes.

El joven se introduce en la carnicería, y por supuesto que no va por los huesos para el perro, va a echarle los perros a los huesos de una ruca, o sea, a trasponer con puntería a la esposa del hacedor de bisteces; rubicunda mujer de primaveras sofocadas, como diría el poeta.

La dama en cuestión aguarda la introducida, así se puede llamar al órgano sexual masculino o si se prefiere miembro viril, verbigracia: "aguas con la introducida" o "agárreme la introducida". Entre hígados y buches, de codos en un tronco de aplanar carne, nalgas al aire, pantaletas al tobillo, enaguas a la cintura, palpitante el mejunje, ya lubricada la esa cosa, los vellitos a un lado, sin presentar obstáculo. La mesa puesta al amor, como dice el tango.

Y en lo que el galán saluda, buenas tardes señora, cómo ha estado (la doña abriendo un poco más las piernas, voltea la cara y le dice en voz baja: como agua para chocolate), sin decir ahí va el golpe, como Juan por su casa, en un inacabable dos por tres, en lo que te lo cuento, mientras el carnicero atendía la clientela, en el cuarto de atrás se ejerció la introducción, el meter, el entrar, el trasponer, la dirección, la puntería y el tino.

Sube un calzón, baja una falda, y qué vemos, una abnegada mujer que se limpia el sudor de la frente con el delantal.

–Compermiso señora, ya me fui.

–Muy agradecida, muy agradecida y muy agradecida.

–Que se le vaya bien.

–Dios quiera que sí.

Con esto termina la breve argumentación, rescate y defensa, de la ya tantas veces mencionada palabra, y por favor no vaya usted a salir con que introducción a la filosofía.

1976

Sobre el pedo.
Vicisitudes e implicaciones

I

Escribir del flato, específicamente en la relación de la pareja humana es conveniente asunto, pues poco se reflexiona en torno a ello (algún pendejo pensará que qué tiene que ver una cosa con la otra).

Veamos. Un pedo es una emanación de gases generalmente malolientes y cuyo sonido o voz, por hábito discorda en toda formal situación; como opinión no pedida podría también caracterizarse al susodicho cuesco.

Una pluma huele mal (pero descansa el animal, dice el patán), y como suena peculiar suele ser exabrupto casi siempre. Entre otros atributos se le podría señalar como disolvente de la vanidad, dado lo cual vuélvese asunto de primer orden.

El poder de un ventoseado, simple aire enrarecido y percutor atentando contra lo establecido; dónde pues la fortaleza y dónde la fragilidad. Generalmente la vanidad, o para no usar tal terminajo, digamos la máxima expan-

sión de lo que suponemos ser, en cierto periodo de la relación ocupa lugar principal, de manera contundente en los inicios; dase a veces en ese prolongado instante ocasión múltiple de seducción o aborrecimiento, de ahí la urgencia de trascender por los más diversos caminos.

Aquí referiré la anécdota ocurrida a un viejo amigo.

Sucede que nuestro héroe encontrábase conversando con bella y fina señorita de la localidad, a la cual deseaba con emoción verdadera. Muy acicalado y propio trataba de cautivarla recurriendo a verbales florituras, sabedor de que la palabra encanta (aunque olvidado del viento que se la lleva) musitaba hiperbólicos decires mientras sentados en un sofá se encontraban. La sala en casa de la pretendida estaba sola y el silencio se oía propiciatorio, de pronto, como salido de la nada hizo su aparición inesperado cuesco, fétido y nada eufónico escapósele a mi amigo; alta traición de ese ojo trasero que "por su mucha gravedad y autoridad no consiente niña". Con la vanidad agónica, nuestro héroe se sintió caer en vaporoso abismo, entonces la apostura transformóse en garabato y una lágrima tierna fue única respuesta. Sobre la mejilla otrora entusiasta, se reventaba un pequeño mundo, la gota que derramaba el vaso de su alma. La retórica amorosa dio paso al asombro, luego mirando al infinito, desde la más conmocionada sobriedad nuestro personaje sólo dijo: compermiso. Y como si volara se

alejó para siempre jamás de la que tal vez habría sido la madre de sus hijos. Poder devastador el de una pluma, y ay de quien la reprime cuando de natura brota, males peores suele acarrear. Yo lamentablemente no recuerdo mi primer cuesco llamémosle amoroso, pero sé de cierto que es señal augural, no en vano dice don Francisco de Quevedo y Villegas: "Hasta que dos no se han peído en la cama, no tengo por acertado el amancebamiento". Un ventoseado es siempre significativo, tanto en su reconocimiento explícito como en la eufemística indiferencia.

Para los enamorados que aún no han compartido su primer pedo, es recomendable que lo hagan y procurando espiritual expansión, ejerciten la fantasía diseñando situaciones para tal acontecimiento, verbigracia: frente a frente, o a ver quién lo hace primero, o en el agua, o corriendo; ad infinitum.

Quien de verdad se interese en relaciones fructíferas, luego de tal iniciación trascenderá a circunstancias de diversa índole, siempre más vastas y enriquecedoras.

La aceptación de que cada ciudadano es entre otras cosas una fábrica de pestilencias, por no decir de mierda, que efectivamente lo es, nos permitirá valorar apropiadamente el que ese mismo sujeto sea capaz de componer sinfonías o escribir novelas; tal actitud es fundamental para la solidaridad y el goce.

Algo primordial es tener en cuenta que tanta faramalla es sólo para el primer flato, pues

ese es ritual para lo impredecible; los flatos subsecuentes, o aquellos que en los matrimonios se profieren cotidianamente, sólo son reiteraciones de la vida que se desgasta.

En fin, imaginar un pedo de Carlos Marx o Greta Garbo, humanizará saludablemente la historia.

II

La intención era realizar un muestreo de parejas opinando sobre su primer flato en común, dada la complejidad en la determinación del universo a encuestar, esto habrá de dejarse para ocasión más propicia. Sin embargo el asunto prosigue, pues a exhortación de dilecta amiga quien solicitó ampliar el tema, se procederá en consecuencia. Aunque inserto en específico contexto (el primer cuesco de los amantes), ciertamente en la primera parte sólo se habló del pedo en su sentido literal, valdría la pena entonces indagar en su sorprendente polisemia.

Cuál será el atractivo del vocablo pedo que de tantas maneras se le usa. Es difícil precisar, sin embargo, algo tendrá que ver su insinuada acentuación trocaica, su sonora fonética, la antisolemnidad de su presencia. A fin de cuentas resulta una palabra que debido a lo singular de su funcionalidad se vuelve útil en los más diversos asuntos, enmascara, sugiere, denota; ajonjolí de muchos moles sirve para un barrido o un regado.

El término es de interés pues cubre sentidos muy diversos, la amplitud de su espectro semántico es sólo similar a la del verbo chingar, de cuyas múltiples acepciones ya otros se han ocupado.

Escúchese bien: pe-do. La palabra indiscutiblemente estalla en los oídos, debido a ello nuestros castellanos antecesores así bautizaron al viento del estómago: pedo. La articulación oclusiva y bilabial de la letra *p* con que inicia la palabra, reproduce la mecánica de abajo, me refiero al funcionamiento orgánico que hace posible el cuesco; hasta el hecho mismo de terminar en *do*, como la nota, nos induce a pensar no en el famosísimo *do de pecho*, sino en un *do de culo*, es decir siempre impulsada sonoridad.

Y va un cuento. Dicen de un fraile, que encerrado en su celda como castigo por habérsele sorprendido en entusiasta relación contra natura, con armonías de pedorrera dábale serenata a su amado, quien en celda contigua deleitábase en tan inusitadas musicalidades. Fin.

Si al lexema *ped* se le añade en cada ocasión el gramema *o*, *a*, *orro*, *orreó*, *ísimo*, o *ero*, podremos confirmar la diversidad de sentidos que el susodicho morfema suscita:

1. "Un pedo en la peda", puede significar:
   a) Ebrio en la parranda.
   b) Un ebrio y una ebria fornicando.
2. "Una peda en un pedo", puede significar:
   a) Alcohólica en problemas.

b) Una alcohólica enamorada de un alcohólico.

3. "Un gran pedorro", puede significar:
   a) Hombre con trastornos digestivos consuetudinarios.
   b) Hermoso trasero de mujer.
4. "Me pedorreó", puede significar:
   a) En la cercanía de un semejante, golpe de gases.
   b) Regaño, reprimenda. "Me pedorreó mi mujer" es un ejemplo mayor de ambigüedad.
5. "Un pedísimo", puede significar:
   a) Problema sumamente grave.
   b) Probable candidato a la cirrosis.
6. "Un pedero", puede significar:
   a) Alguien que se ahoga en un vaso de agua.
   b) Cierta modalidad de provocador. También dícese que el *superego* es muy pedero.

En términos más literarios puede sugerir algunos núcleos discursivos. "El pedo traidor" propicia varias secuencias:

a) El dipsómano que preparó el asesinato de Francisco Villa evidentemente era un pedo traidor.

b) El indiscreto flato que delata a quien oculto estaba, por supuesto es un pedo traidor.

c) El tipo que en plena parranda abandona a sus cuates es un implícito pedo

traidor.

d) Etcétera.

Como puede notarse, la indagación en tales menesteres es inagotable. Una advertencia: cuando en la conversación se recurre a cualquier término comodín, implica siempre pobreza de lenguaje y poco rigor conceptual.

Para concluir, con mucho gusto declamaré un poema:

Rima en edo

No deseo armarla de pedo
pues ya con tanto pedo
prefiero ponerme pedo
y así ya no hay pedo,
o qué, ¿la harán de pedo?
¡Puro pedo!

1986

Una propuesta alternativa: cadena ambulante de tacos de perro y apoyo a la peletería

El deterioro ecológico aumenta en tal proporción, que el acelerado incremento de la población canina de la ciudad, y su afición por defecar en las calles puede ser la gota que derrame el vaso de Texcoco.

La población se encuentra invadida por millones de perros cuyo número se multiplica diariamente, y en un poético proceso de erosión, paulatinamente sus desechos se transforman en polvo que tenue vuela a recorrerlo todo. No son unas cuantas caquitas, se habla de miles de toneladas sobre el valle de lágrimas en que está convertido el Valle de México.

A la calamidad anterior debe agregarse el desempleo, que ya de por sí cotidianamente grave, ahora se intensifica con los miles de burócratas cesantes, resultado de la privatización de las empresas paraestatales.

Ante tan dramática realidad se propone a las autoridades competentes la aplicación del programa: "Cadena Ambulante de Tacos de Perro y Apoyo a la Peletería".

Se iniciará impulsando una campaña que invite a la gente a limpiar de canes la ciudad. Para tal efecto se oficializará un precio por cada perro vivo y sano que se entregue en las oficinas compradoras (pueden ser los múltiples locales del Partido Revolucionario Institucional), digamos un promedio de veinte mil pesos por unidad. Para tantas familias de desempleados como hay, capturar dos animales diarios les significaría un ingreso equivalente a tres salarios mínimos. Se recomienda ser muy cuidadosos para no permitir acaparamiento ni intermediarismo.

Iniciar el programa requiere un mínimo de dos mil carritos de tracción humana (muy parecidos a los que ahora se usan para vender "perros calientes"), y dos empleados por vehículo; una joven en minifalda que funja como cobradora y un desempleado de paraestatal que confeccione los tacos.

Un sistema de carnicerías y peleterías (que también generarán buen número de empleos) será el responsable de proveer material fresco e higiénico para los carritos de la Cadena, y además, de distribuir la piel curtida a las empresas familiares de confección de vestidos que para tal efecto se hayan creado. Se pueden manufacturar sacos, gorros o abrigos a precios populares, esto generará empleos y será estímulo para la creación de microempresas, por lo demás muy acorde al espíritu comercial de estos tiempos.

Se sugiere aplicar el programa de la "Cadena Ambulante de Tacos de Perro y Apoyo a la Peletería" antes de las elecciones de 1994.

Paralelamente al proceso estrictamente comercial de la Cadena, deberán generarse actividades de índole extraculinaria, y también, ¿por qué no?, espirituales.

Tal campaña será enriquecida con las ideas de intelectuales y artistas, (priístas y de oposición) que el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes habrá de contratar para el mejor desarrollo de la misma.

Camisetas con enunciados poéticos o filosóficos del tipo: "Primero muerdo y luego existo"; carteles realizados por pintores famosos (que los pondrían en contacto con la masa); camisetas estampadas que las instituciones relacionadas con la infancia entregarán a los niños pordioseros para que las vendan en las esquinas.

El Instituto Nacional de Bellas Artes podría convocar a concursos de cuento y poesía (para niños y adultos) con temas como "el mejor amigo del hombre". También la Confederación de Trabajadores de México habrá de organizar festivales intersindicales de oratoria con el tema: "La modernidad y el perro".

Para neutralizar las campañas de protesta realizadas por posibles "clubes de amigos del perro", que seguramente organizará el Partido Acción Nacional, será necesario

gestionar una dispensa papal (por vía oficial) en donde se aclare que mientras no se trate de fetos, la ingestión de carne de perro es permisible.

Obviamente el menú recuperaría el tradicional gusto prehispánico por el perro al ofrecer al consumidor: tostadas de moronga canina; "ladridos", que no serán otra cosa que crujiente chicharrón de oreja; hamburguesas de sesos y hot dogs aztecas, todo de perro ciento por ciento.

Por supuesto los precios serán los más bajos en el mercado (una verdadera democratización de la proteína). Además, los servicios de la Cadena Ambulante se podrán incorporar al Programa Nacional de Solidaridad a través de un sistema de bonos, los cuales serán repartidos estratégicamente entre algunos de los dieciocho millones de miserables reconocidos por la presente administración.

Los colores oficiales de vehículos, uniformes y publicidad de la Cadena, serán el verde, el blanco y el rojo. Quizás la malintencionada oposición reclame como propaganda subliminal la presencia de los carritos esquineros, pero con no hacerle caso, como tradicionalmente se acostumbra, será suficiente. La idea de lo tricolor representa una aportación —netamente mexicana— al combate contra el hambre en los países en vías de desarrollo, y contra esa versión pesimista de la ociosidad que es el desempleo.

Reiterando la multidisciplinariedad de la Cadena de Tacos, no deberá olvidarse que la producción de piel canina perfectamente curtida (y hasta teñida), sin duda alguna será de gran motivación para los diseñadores imaginativos. Cientos de miles de metros cuadrados de piel de perro para producir bolsas, gorros, abrigos, sacos, mochilas, carteras, etcétera. Ropa de piel para las clases populares. Eso ningún país del tercer mundo lo ha logrado.

Finalmente, en relación con el uso de los medios masivos, la Secretaría de Gobernación podrá solicitar a la Coca Cola que incluya en sus comerciales televisivos personajes degustando artículos de la "Cadena Ambulante de Tacos de Perro y Apoyo a la Peletería".

Resultará imprescindible el concurso de Televisa, que deberá desarrollar una campaña de convencimiento sobre las virtudes de la carne de can, y la importancia del combate a la contaminación y el desempleo; con esto se podrá lograr que el público consumidor sienta como una tradición recuperada la actualización del arte culinario canino.

1991

Ajuste de cuentos,
escrito por Ignacio Betancourt,
es un verdadero ajuste de cuentas
con el manejo del lenguaje, la variedad
de ritmos y tonos y la diversidad de puntos
de vista narrativos; mosaico riquísimo
de la obra de un escritor definitivo.
La edición de esta obra fue compuesta en fuente
palatino y formada en 11:12. Se tiraron
4 000 ejemplares, más sobrantes para reposición,
y fueron impresos en este mes de septiembre de 1995
en los talleres de Litoarte, S.A. de C.V.,
que se localizan en la calle de San Andrés Atoto 21-A,
Colonia Industrial Atoto, en Naucalpan, Estado de México.
La encuadernación de los ejemplares se hizo
en los talleres de Sevilla Editores, S.A. de C.V.,
que se localizan en la calle de Vicente Guerrero 38,
Colonia San Antonio Zomeyucan, en Naucalpan, Estado de México.